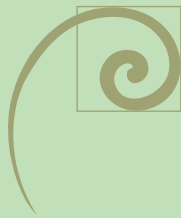




I.E.S. nº 8

Bajo Sospecha



Pensando juntos, construyendo libertad

Marta Aja Cobo ♦ María Olivares Cano ♦ Alberto Ortega Aramburu
Severino Pérez Misas ♦ Vicente Traver Centaño

I.E.S. n° 8
Bajo sospecha



Pensando juntos, construyendo libertad

PROYECTO EDUCATIVO
La aventura de pensar juntos

Marta Aja Cobo
Carmen Loureiro López
María Olivares Cano
Alberto Ortega Aramburu
Severino Pérez Misas
Carmen Poyato Vigara
José Ramírez Muñoz
Pedro Miguel Rodríguez Ortega
Vicente Traver Centaño

I.E.S. nº 8
Bajo sospecha

Marta Aja Cobo, María Olivares Cano,
Alberto Ortega Aramburu, Severino Pérez Misas,
Vicente Traver Centaño

© de los textos: Sus autores

© de la presente edición:

EDICIONES DOCE CALLES, S.L.

Apdo. 270. 28300 Aranjuez

Tel. + 34 902 197 501

Fax: + 34 925 13 70 60

Depósito Legal:

ISBN: 84-9744-032-3

Composición y Maquetación: Servicios Integrales de Edición Távara, S.L.

Impresión: Publidisa, S.A.

ÍNDICE

I	9
II	17
III	27
IV	39
V	47
VI	57
VII	67
VIII	81

CAPÍTULO I

—No servirá de nada; no van a encontrar mi cazadora; quienes son capaces de robar a un compañero no van a confesar porque les dé luego un remordimiento repentino; o se les pilla o no hay forma —se lamentaba Norberto a la salida de la clase mientras bajaba las escaleras con Ernesto, Gerardo e Irene. Al contrario que sus amigos, él rara vez llevaba ropa de marca. 5

A segunda hora habían estado en el laboratorio de Biología haciendo una práctica. Cuando regresaron, Norberto descubrió que su cazadora nueva había desaparecido; la había recibido la semana anterior, como regalo de cumpleaños. Se había quedado con las ganas las pasadas Navidades, pero ahora su madre había estado cosiendo más horas de las habituales durante todo un mes para ofrecer a su hijo el regalo que quería. Cuando la llevó a clase, algunos la habían admirado y esto le había producido una satisfacción añadida. 10 15

Después del robo, el Jefe de Estudios subió a clase y preguntó a todos; también amenazó con castigos colectivos, e intentó aludir a la conciencia de cada uno. Todo inútil; después de casi dos horas se fue sin sacar nada en claro.

—Todo esto pasa por falta de autoridad. Si yo fuera el Jefe de Estudios no me había ido de allí hasta que no hubiera salido el culpable —dijo Ernesto. 20

—Y si no sale, ¿qué hubieras hecho? —preguntó Norberto—
¿Te quedas aquí con toda la clase a comer, y a dormir, y a
pasar el próximo fin de semana?

—Si no sale por las buenas, sale por las malas; si nos
5 preguntan a todos, pero de uno en uno, y se corre la voz de
que alguien ya ha dicho quién ha sido, y a unos cuantos se les
da algún bofetón bien dado, verás como empiezan a cantar
—contestó Ernesto con mucha seguridad—. A él no le gustaba
especialmente la cazadora. El color resultaba demasiado claro
10 y la marca no era de las mejores. Pero le indignaba que no se
respetase la propiedad de cada cual, especialmente la de sus
amigos.

—Pues pobre del Jefe de Estudios; seguro que acaba en la
cárcel. A ti te pueden atracar y darte una puñalada en medio
15 de la calle; pero como a la policía se le ocurra tocarle un pelo
a alguien se la acusa de tortura; así va todo como va —contes-
tó Gerardo—. Además, todo esto pasa desde que vienen al insti-
tuto los de los pisos de realojo.

—Ésos no han traído más que problemas —dijo Norberto—.
20 Seguro que los que me han quitado la cazadora han sido ellos.
Encima de que les dan casas gratis y les pasan de curso
aunque suspendan todo porque ya han repetido muchas veces
y no pueden repetir más, ellos sólo saben fastidiar a todo el
mundo.

Se hizo un silencio mientras todos pensaban en Manolo.
Había llegado a uno de los pisos de realojo con su madre y su
hermano hacía un par de años; era algo mayor que el resto de
la clase porque había repetido alguna vez, pero el curso anterior
le habían promocionado a cuarto de la ESO por imperativo legal.
30 Quizá por todas esas circunstancias nunca se había integrado
bien en el grupo. Se sentaba en la última fila de la clase con
Antonio, un morenazo también repetidor, que, sin embargo, no

parecía tener problemas para relacionarse con todo el mundo. En el recreo Manolo solía juntarse con alumnos mayores de otros cursos que vestían como él y eran considerados los «malos» del instituto.

Irene pensaba que parecía lógico lo que habían dicho Gerardo y Norberto. Los de realojo estaban causando problemas y Manolo era de los pisos de realojo. Las cosas son como son. Por otro lado, Manolo no le parecía mala persona. Entonces se acordó de lo que pasó unos años antes en el taller de instrumentos musicales que tenía su tío. Se hacían con una madera llamada «ébano». Irene sabía que las cosas de madera flotan en el agua. Ese día salió del taller jugando con un trozo de ébano y se le cayó en el estanque del parque. Entonces vio asombrada que se hundía en el agua. Así que era falso que todas las maderas flotan. ¿No podía ser igualmente falso que todos los de realojo den problemas? Camino de su casa, coincidió con Felipe y le fue comentando lo que se le había ocurrido. Felipe no estaba muy seguro de eso que dice la gente de que la excepción confirma la regla.

—¿Cómo podríamos aclararnos? —preguntó Irene.

—No sé —contestó Felipe—. A lo mejor no queda más remedio que probar con otros ejemplos. Si vemos que los que están saliendo de un museo son japoneses, ¿eso quiere decir que todos los que quedan dentro del museo son japoneses? Y, si de repente sale entre ellos un negro, ¿esa excepción confirma que los que aún quedan dentro son japoneses?

* * * * *

Norberto, Gerardo y Ernesto caminaban juntos y, justo al doblar la esquina, vieron la silueta de Manolo de espaldas; andaba tranquilamente camino de su casa; llevaba la mochila a la espalda y un jersey estirado colgado en uno de sus hombros. Sin decir nada, los tres aceleraron el paso hasta darle alcance.

—Os digo que yo no he cogido ninguna cazadora ni sé quién lo ha podido hacer –repetía de nuevo Manolo muy quieto contra la pared después de que sus tres compañeros de clase hubieran revisado su mochila.

5 —A alguien se la has tenido que dar; o, si no la has cogido, tú sabes quién lo ha hecho; seguro –insistió Gerardo.

—Vamos, suelta lo que sabes –dijo Ernesto mientras le empujaba en un hombro.

10 Pasó una señora con dos niños y se quedó mirando la escena mientras se alejaba; pasó también un grupo de chavales del instituto y se fueron haciendo comentarios sobre el puñetazo que acababa de recibir Manolo.

En aquel momento Felipe e Irene doblaron la esquina.

—¿Qué pasa aquí? –preguntó Irene sorprendida.

15 —Nada que te importe, así que aire –contestó Gerardo.

—Oye, que la calle es de todos, majo –respondió Irene.

—Sí, la calle es de todos, pero la cazadora es de Norberto y se ha quedado sin ella –dijo Ernesto.

20 —¿Y por qué suponéis que Manolo tiene algo que ver en el asunto? ¿Es que se la habéis encontrado encima? –preguntó Felipe viendo todo el contenido de la mochila de Manolo desparramado en el suelo—. Se fijó en un unas gotas rojas sobre uno de los cuadernos y, al levantar la vista, vio el hilo de sangre que bajaba desde la nariz de Manolo hasta el borde de
25 su barbilla.

Se hizo un silencio. Finalmente Gerardo se encaró con Felipe y dijo:

30 —Mira, estamos intentando resolver esto, y vosotros estáis metiendo vuestras narices en algo que no es de vuestra incumbencia, ¿vale?

—¿Y por qué es de tu incumbencia más que de la mía? –dijo Felipe.

—¿Y por qué no te vas a tu casa a ver qué te ha hecho tu madre de comida? –intervino Ernesto.

—¿Y por qué no te vas tú a la tuya? –contestó Felipe.

Manolo aprovechó la circunstancia y salió corriendo. Ernesto se dio cuenta y salió detrás, pero Irene se atravesó y los dos acabaron rodando por el suelo. 5

—¿Véis lo que habéis conseguido? Ya se ha escapado. Si no tuviera nada que ocultar, no habría salido corriendo como un cobarde –dijo Gerardo.

—Hablaron los valientes; tres contra uno –ironizó Irene. 10

—Habló la vaca; si no es por la gorda ésta, no se me escapa –contestó Ernesto.

—¿Qué pasa? ¿Me vas a pegar a mí también o te conformas con insultarme? –respondió Irene sosteniendo la amenazadora mirada de Ernesto. 15

—Me parece que os habéis pasado siete pueblos –dijo Felipe, mientras Irene iba recogiendo de la acera las cosas de Manolo y las iba metiendo en la mochila.

—Pues si no hubierais aparecido vosotros, puede que ahora estuviera todo resuelto y que los de los pisos de realojo se lo pensarán dos veces antes de volver a hacer de las suyas –dijo Ernesto. 20

Felipe sintió que algo se le removía por dentro; recordó su colegio de Suiza, donde siempre que pasaba algo se culpaba a los españoles, recordó el hotel donde había ido en una excursión. Allí un cartel ponía sólo en español que no se podían llevar las toallas... Se puso delante de su compañero; tenía que mirar hacia arriba porque Ernesto le sacaba la cabeza. Muy despacio, pero con mucha seguridad, dijo: 25

—Yo también soy uno de los de los pisos de realojo. 30

Ernesto le miró amenazadoramente; la crispación crecía por momentos; afortunadamente, Norberto intervino:

—Calma, calma; vamos a ver si conseguimos no sacar las cosas de quicio.

* * * * *

5 De camino a casa, retomaron la conversación con los ánimos menos alterados.

—O sea que, como Manolo vive en ese barrio, tiene que haber sido él la persona que ha cogido la cazadora. ¿Y cuando robaron dinero de las mochilas en un recreo en 4º B? Allí no
10 estaba Manolo —dijo Irene.

—¡En 4º B hay por lo menos dos de los pisos de realojo! Si lo sabré yo, que está allí mi primo, y a él le quitaron tres euros. Además, allí estaba Manolo porque le habían cambiado
15 de clase una semana, ¿no os acordáis? Le pillaron robando hojas de examen de la conserjería y por eso le pusieron ese castigo. Si le hubieran expulsado para siempre... Es lo que yo os digo. Hasta que no llegó al barrio toda esa gentuza no había
20 problemas. No hay más que verlos en el instituto; siempre andan con partes de incidencias —contestó Gerardo.

—Bueno, partes de incidencias también tienen otros; sólo que entonces la culpa es de los profesores, ¿no? —preguntó Irene mirando fijamente a Gerardo, que bajó los ojos. Justo el día anterior le habían puesto un parte por atascar el servicio.

25 —¿Y el año pasado, en la excursión a Navacerrada? ¿Os acordáis de la polémica? Valía una pasta y mucha gente no pudo ir; yo fui porque mis abuelos me dieron las pelás, que si no, no voy. Manolo no fue. Alguien le birló los prismáticos a Quique, que no se dio cuenta hasta que no llegó a su casa; segu-
30 ro que fue en el camino de vuelta. Por cierto, que tú sí fuiste a la excursión, Ernesto. Y no fue nadie de las viviendas de realojo. ¿Qué conclusión podemos sacar? —preguntó Felipe.

—Mira, macho, si yo quiero unos prismáticos, me los compro, que no soy ningún pringao, como la gentuza esa —respondió Ernesto.

—Pues tú también te pasas bastante, ¿eh? —intervino Norberto, dirigiéndose a Felipe—. No me parece que tengas ninguna buena razón para suponer que fue Ernesto sólo porque él iba a la excursión. 5

—Pues no; no es una buena razón; como tampoco es una buena razón suponer que, porque alguien viva en un barrio, tiene que ser culpable de todo lo que pase, aunque no haya pruebas. No es una buena razón; es un prejuicio —dijo Irene. 10

—¡Prejuicios! ¡Razones! ¡Y leches! El caso es que Norberto se ha quedado sin cazadora. A ver, ¿podéis resolver eso, listos? —dijo Gerardo que parecía a punto de estallar.

—Todos quedaron en silencio. Finalmente Irene preguntó, como pensando en voz alta: 15

—¿Qué es peor? ¿Quedarse sin cazadora o sentirse acusado y señalado por todos cada vez que sucede algo?

Mientras Irene decía eso, Felipe pensaba: «¿Y si de verdad hubiese sido Manolo? ¿Eso justifica liarse a golpes con él? Pero, para el caso, si a la gente que roba nadie le da una buena lección, nunca aprenderán a respetar lo de otros». Felipe no acababa de sentirse cómodo con sus propios pensamientos. 20

CAPÍTULO II

Aquel fin de semana eran las fiestas del barrio. Belén y Olga caminaban por la calle un poco más atrás que otros compañeros de clase. Olga, como siempre, llamaba la atención no sólo por ser algo mayor que sus compañeros y por el tipazo que tenía sino porque todas sus prendas de vestir estaban cuidadosamente elegidas y su melena estaba impecable y moldeada. Aquella noche se había puesto un espectacular vestido grana- 5
te que destacaba entre la multitud.

—Oye, Olga. ¿No crees que vas demasiado arreglada para salir de fiestas? Te vas a helar de frío —dijo Belén—. Menuda y 10
delgada, llevaba ropa sencilla y no se había maquillado. Precisamente por eso, resaltaba aún más la expresión dulce y aniñada de su rostro.

—Mira niña, eso se soluciona con cuatro o cinco cubatas y yo ya voy por el tercero —desafió Olga. 15

—Pues aunque a borde no hay quien te gane, en eso de beber hay algunos que te llevan ventaja; Raúl se está poniendo de lo más patoso. Por cierto, ¿sabes dónde están los otros?

—Creo que están allí delante... ¡Vamos Belén! Que parece que hay problemas. 20

Efectivamente los había; cuando Olga y Belén se acercaron al grupo, vieron que se estaban enfrentando con los amigos de

Manolo. Se habían formado dos columnas y en medio de ambas permanecían Norberto y Antonio, que en ese momento comenzaba a hablar mientras empujaba a Norberto.

5 —¿Qué pasa Norbertito? Nos han dicho que te han quitado la chupa —decía Antonio mientras inclinaba la cabeza provocativamente hacia delante hasta que su rostro quedó a unos milímetros del de Norberto. Éste no volvía la cara: sostenía la mirada de Antonio, pero su menor estatura hacía que tuviera que mirarle de abajo arriba. Eso le daba aspecto de víctima en aquella escena.

10 —¿Tú qué quieres? ¿Que te partamos la nariz como a Manolo? —intervino Gerardo encarándose con Antonio.

—Creo que no has entendido bien, pringao —contestó Antonio mientras se volvía ligeramente hacia Gerardo sin perder de vista a Ernesto—. Ahora somos nosotros los que vamos a por ti. ¡Mira
15 Manolo! Este niño se va a llevar por fin lo que se merece.

—¡Eh! ¡Déjale en paz! No le toques, que es capaz de ir con el cuento a su papá, que es madero. Estos dos —dijo Manolo mirando desafiante a Ernesto y Gerardo— no tienen huevos para defenderse por sí mismos. En cuanto a ti, Norberto, a ver si te enteras
20 de que yo no te quité la cazadora.

—¿Pero qué pasa? ¿Es que te vas a rajar ahora? —preguntó Antonio visiblemente sorprendido.

—No es eso Antonio... ¡Venga! Déjalo ya y vámonos, que no quiero que te la juegues por mí.

25 —Vale tío, si es eso lo que quieres... A mí nadie me ha roto la nariz.

Los grupos se separaron y la gente siguió su camino como si nada, o al menos eso parecía. Sin embargo, Antonio no paraba de darle vueltas; no podía entender que su amigo no quisiera defenderse. Algunos payos, como Clara, eran buena gente;
30 pero la mayoría no habían hecho más que machacarle desde que había llegado al barrio, y en general, lo mismo les había

ocurrido a los otros chicos de los pisos de realajo; incluso a los que también eran payos como Manolo. Estaba convencido de que la única forma de hacerse respetar era responder a cada agresión con otra mayor, porque si no, acabarían por echarles del barrio. Además, la razón estaba de su parte porque los otros habían pegado primero. 5

* * * * *

El lunes siguiente el Jefe de Estudios estaba contando a Raquel, la tutora del grupo, la visita que los padres de Norberto le habían hecho a primera hora de la mañana. Raquel escuchaba atentamente. En ese momento sonó el timbre del recreo y la sala de profesores se llenó en pocos minutos. Como varios profesores se interesaban por los detalles de la reunión, el Jefe de Estudios se vio en la obligación de contar a todos los conflictos que varios alumnos del centro habían protagonizado. 10 15

—Hay que tomar medidas urgentemente. Ya han ocurrido demasiadas cosas: el robo de la cazadora, la agresión a Manolo, y ahora, para colmo, las quejas de los padres de Norberto —dijo Teresa, profesora de Matemáticas. 20

—Hombre, —respondió el Jefe de Estudios— cualquiera que te escuche podría pensar que no hemos hecho nada, cuando en realidad desde la Dirección del centro hemos estado muy pendientes y hemos actuado oportunamente. El día que desapareció la cazadora yo personalmente me pasé por las clases intentando averiguar su paradero y explicando la gravedad de lo sucedido; luego vigilamos la salida de los alumnos del centro en busca de algún bulto sospechoso. Admito que cuestiones las medidas que hemos tomado, pero rechazo tu insinuación sobre nuestra pasividad. 25 30

—¿Qué sanciones se han impuesto? ¿Está en marcha algún expediente sancionador? Aquí el problema es que los alumnos

se saltan las normas cuando quieren y luego no sucede nada
¿Para qué tenemos el Reglamento de Régimen Interior? –continuó diciendo Teresa.

5 —Pero Teresa, no pretenderás que sancionemos sin conocer los culpables. ¿Te imaginas un juez que impusiese una pena sin pruebas suficientes? –dijo el Jefe de Estudios con una firmeza que contrastaba con el aspecto informal de su indumentaria.

10 —Nosotros no somos jueces; somos profesores y no podemos perder el tiempo en esas disquisiciones; nosotros tenemos que aplicar el reglamento y punto. Desapareció la cazadora en una clase y no aparece el culpable; pues nada, que todos paguen el importe de otra cazadora nueva. Hay un robo y una pelea; pues se expulsa del centro a los participantes durante una semana y se acabó –añadió Teresa.

15 —Lamento que pienses que la sanción y el castigo son los únicos medios para mantener la disciplina. Nosotros somos educadores. No sólo enseñamos Matemáticas o Geografía. También hemos de enseñar a ser personas –intervino Elena, profesora de Inglés–. Igualmente rechazo tu modo de entender
20 la imposición de las sanciones o los castigos. No podemos saltarnos la ley y ésta establece la necesidad de abrir un expediente, de escuchar a los implicados, de reunir pruebas, etc. Te recuerdo que ese reglamento al que aludes fue fruto de un difícil consenso entre todos los miembros de la comunidad educativa.

25 —Esto del consenso es pura demagogia. Casi todos nuestros alumnos son menores de edad y la ley no les permite, por ejemplo, votar en unas elecciones. Es una irresponsabilidad dejarles jugar con fuego. Además, ¿crees que tus argumentos son suficientes para que alumnos como Manolo vengan a clase, se
30 comporten y estudien? Yo fui su tutora el año pasado y recuerdo las veces que le repetí que debía hacerse un hombre de provecho. ¿Le ha servido de algo? –volvió a decir Teresa– Las palabras

están muy bien pero todos sabemos lo que pasa si no los metes en vereda los primeros días de clase. La mayoría se deja deslizar por el camino de la comodidad. Puntualidad, respeto y trabajo no surgen en los alumnos precisamente por inclinación natural.

—Me parece que ninguno de los tres estáis planteando bien la cuestión. El problema está fuera de nuestro alcance, es tarea de los padres. ¿Por qué hemos de gastar tiempo y energías en cuestiones que no podemos solucionar? Lo que ha ocurrido fuera de clase ha de solucionarse fuera; es cosa de los padres, de la policía o de los jueces. Es insensato no reconocer nuestros límites. No podemos arreglar el mundo —dijo Rosa, profesora de Lengua Española.

A «Doña Rosa» siempre se la escuchaba. Era la profesora más veterana del instituto y, además, se había ganado a pulso su prestigio porque estaba enteramente dedicada al centro. Nadie podía discutir su competencia y por eso se le disculpaban las muestras de su fuerte carácter.

—El problema es que lo sucedido tiene repercusión en la marcha del centro. Todo esto ha hecho que los directamente implicados en el conflicto no hayan aparecido por clase durante las tres primeras horas. Y me temo que, si no encontramos una solución, no la va a buscar nadie de los que habéis mencionado y la situación en esa clase se mantendrá alterada indefinidamente —puntualizó el Jefe de Estudios.

—Está claro —dijo Venancio— que tenemos que entrar en esos problemas; y en otros más personales e íntimos, sin que por ello tengamos que sustituir a padres, policías o jueces. Casi todos sabéis lo que el año pasado se hizo en el caso del alumno cuya madre sufría malos tratos; les animamos a que efectuasen la denuncia correspondiente; y efectivamente la hicieron. ¿Qué hacer en el caso de hoy? Lo primero, tenemos que implicarnos de lleno en el asunto. Por parte de Jefatura de

Estudios se han dado algunos pasos acertados, pero hay que seguir y no sólo en la dirección de imponer un castigo sino también hacerles reflexionar en torno a lo sucedido.

—Pues a mí me parece —intervino Ignacio, un profesor recién llegado al centro— que una vez más vamos a complicar las cosas. Ya sé que somos educadores y que existe un reglamento que penaliza esas conductas, pero la cosa no ha sido para tanto. Todos los años hay esos pequeños hurtos y luego se monta la bronca correspondiente entre el damnificado y los sospechosos, pero nunca llega la sangre al río. En este caso, el hecho de que a Manolo le hayan cantado las cuarenta, aunque él no haya sido, seguro que evita otros robos posteriores. Yo llevo aquí poco tiempo pero ya he calado al Manolo ese y a algunos más que ni hacen ni dejan hacer a los compañeros; si no ha hecho esto seguro que habrá hecho otras fechorías, que no es trigo limpio. Remover estos asuntos no acarrea más que trabajo para los profesores y mala fama para el centro. Desde luego no contéis conmigo para instruir el proceso, si finalmente os decidís por seguir aireando el asunto.

—Dudo que, en casos como éste, lo más cómodo sea no hacer nada, pues lo normal es que los problemas que no se solucionan terminen agravándose y finalmente afecten a todos. Pero, aunque tuvieses razón, no podemos consentir que los problemas se solucionen a estacazos y menos todavía que se superen culpando y castigando a un inocente. Si el problema se reduce a encargarse de instruir el sumario y comentar el asunto con el grupo, no os preocupéis que yo me ofrezco voluntario —dijo Venancio.

—Si os parece bien —dijo Teresa—, yo me puedo encargar del sumario, pues no soy profesora de ese grupo, y tú, Venancio, te encargas de tratar el asunto en clase.

—Me parece correcto, pero muy limitado —dijo Venancio—. Como educadores tendríamos que hacer algo más.

* * * * *

Estaban en clase, discutiendo del conflicto cuyos principales protagonistas estaban ausentes. Las sillas vacías eran el testimonio más elocuente de que la herida estaba abierta. Los alumnos decían que ese profesor, Venancio, era «otra historia». Efectivamente, tenía un carácter y un aspecto peculiares. Alto, delgado, en torno a los cincuenta años, su aspecto era poco convencional. Lo mismo se dejaba crecer el pelo más de lo que se esperaba en un profesor de su edad que se lo cortaba a tope. Se sentía igualmente cómodo con indumentaria vaquera y botas camperas que con pantalón de vestir y deportivos. 5 10

—¿Estás de acuerdo con lo que ha dicho Inés? —preguntaba en ese momento Venancio a Ernesto. 15

—¿Qué?... ¡Ah! Sí, sí, me parece bien —dijo Ernesto sin haber escuchado a Inés.

—Oye, tú eres tonto o te lo haces, ¿no? He dicho justo lo contrario que tú —saltó Inés. 20

—Mira rica, en esta clase la primera norma es respetar todas las opiniones y no insultar, ¿vale? —se defendió Ernesto.

—Efectivamente, Ernesto; insultar es una falta de respeto, pero dar la razón a alguien sin escucharle también es una falta de respeto —intervino Venancio. 25

—Sí, claro, pero eso es hilar muy fino. ¿Cómo vamos a preocuparnos de escuchar y no insultarnos cuando andamos a hostias entre nosotros? —dijo Clara. Y añadió con ironía— Claro que, a lo mejor, insultar a unos es más grave que romper la nariz a otros. 30

(Todos tenían en mente la agresión a Manolo, los insultos y amenazas en las fiestas del barrio...)

—Si es que a algunos les sienta muy bien una bofetada de vez en cuando; a ver si así aprenden —replicó Ernesto.

—¿Y quién enseña? ¿El más bruto? ¿Ése es el que lleva razón siempre? —protestó Inés.

5 —Mira, yo sólo te digo que yo no busco problemas pero, si se meten conmigo, me defiendo —respondió Ernesto—. Y si se meten con un amigo, pues también lo defiendo, que yo no soy de los que se escaquean y miran para otro lado. Pero todo esto pasa porque no hay autoridad, ni orden, ni lo que tiene que
10 haber. Ése es el motivo de que algunos tengamos que tomar estas medidas. Y encima ni se agradece.

—¡Agradecer! Si acaso te metes en un lío— añadió Gerardo.

—No, si encima esperará que le den una medalla por liarse a tortas —dijo Clara con sorna.

15 —No, claro, las medallas ahora son para los pobres delincuentes; claro, es que los «pobrecitos» no han tenido oportunidades, aunque se les haya dado un piso gratis, y por eso tienen derecho a robar y a hacer lo que les dé la gana; y pobre del que se defienda o defienda sus cosas de un robo —dijo Juan,
20 un chico larguirucho de pelo hundido y mirada huidiza. Hablaba más bien poco. Pero, cuando lo hacía, se expresaba con explosiva agresividad mientras su cara enrojecía.

—¿Y si resulta que no estás seguro de quién te ha robado? ¿No puedes meter la pata al pegar a alguien que no ha hecho
25 nada? ¿No estarías tú cometiendo una injusticia que merecería un castigo? —respondió Irene.

—Y aunque lo hubiera hecho. Habría que valorar el daño que ha hecho una persona y el tipo de castigo que debe recibir. ¿No puede ser que el daño que se haga al que se salta una
30 norma sea muy superior al daño que él hizo? —intervino Dory.

—Me importa un pito; que no empiece él. Si una persona no se mete con nadie no tiene problemas. Además, si es que siem-

pre son los mismos; si es que hasta que no se les dé un escarmiento como es debido no van a parar –dijo Raúl a voces.

—¡Mira, tío, tú eres gilipollas! –dijo Clara.

—¡Bueno, ya está bien! ¡Esto no puede seguir así! –la voz de Venancio se sobrepuso al escándalo general– Supongo que todo lo que decís tiene algo que ver con la desaparición de una cazadora y con la visita de los padres de Norberto al instituto esta mañana; y tengo entendido que también con algún otro acontecimiento que ha sucedido fuera del instituto. Efectivamente, que seamos capaces de guardarnos el respeto entre nosotros es lo primero que tenemos que aprender para poder investigar juntos los problemas que nos importan; más aún, para poder convivir. Pero todavía hay algo más preocupante: algunas personas ni siquiera están. El próximo día dedicaremos la clase a discutir sobre esto. Quiero que todos copiéis una pregunta en el cuaderno e intentéis reflejar lo que opináis al respecto en casa; el próximo día veremos si en clase conseguimos progresar en algún aspecto del problema.

«¿Cómo podemos actuar con justicia ante una injusticia?». La sirena indicó el fin de la clase cuando Venancio estaba escribiendo esta pregunta en la pizarra.

CAPÍTULO III

Los demás alumnos implicados directamente en los acontecimientos del fin de semana ya habían vuelto a clase y Manolo seguía sin aparecer. Clara decidió ir a visitarle. Su inclinación natural para ponerse de parte de los más débiles había hecho que mantuviese buenas relaciones con él, más o menos como ocurría con Antonio, por lo cual tenía que soportar algunas bromas de mal gusto por parte de sus otros compañeros, pero nunca hasta este momento había conocido detalles relevantes de su forma de vida. Ahora, caminando por el barrio de Manolo, se sentía como extranjera. Se había arreglado para ir y tenía la sensación de que allí desentonaba. Se había teñido de negro azabache su pelo castaño y el viento lo movía por delante de la cara, haciendo que aumentara el contraste con el verde de sus ojos. Iba vestida a la última y se había pintado a conciencia. Tenía la incómoda impresión de que hasta su manera de caminar no pegaba en aquel barrio. Se fijó en las grietas de las paredes, en las ventanas sin persianas. Lo que tendría que ser un parque era una escombrera. Los árboles eran raquíticos, el acerado estaba derruido y las farolas eran escasas. Aún no era completamente de noche pero sentía miedo caminando por allí. Entró en el portal de la vivienda. El aspecto no era mejor: pintadas en las paredes, desconchones

en las esquinas... Tuvo que llamar varias veces al timbre. Por fin se abrió la puerta. Una música altísima y una cara desconocida estuvieron a punto de hacerla huir. En ese momento un sorprendido Manolo se quitó a su hermano de en medio:

5 —¿Se puede saber qué pintas tú por aquí?

—Bueno, la gente preguntaba por ti y nadie sabía qué contestar. Así que me dije: voy y me entero de una vez de lo que pasa.

10 —¿Que preguntan por mí? ¡Venga ya! Seguro que todos se alegran de haberse librado de mí. ¿O hay que echarle a alguien la culpa de algún destrozo?

—Venga, déjate de coñas. Hace más de una semana que no apareces por el instituto. Continúa otro tanto así y te habrás cargado el curso.

15 —¿Y qué mierda importa eso? ¿Para qué me va a servir lo que allí enseñan? ¿Ves a mucha gente como yo trabajando de contable? ¿Crees que alguien me daría curro en un banco o como policía o guarda jurado? Hasta ahora fui al instituto porque aún no tenía dieciséis años pero ahora ya no pueden obligarme. Paso de aguantar el rollo de los profesores y de los
20 colegas. ¿No ves que todos están contra mí? Si falta algo, ha sido Manolo. ¿Se ha roto algo? Manolo al Jefe de Estudios.

Como todo el rato estaban hablando a la puerta del piso, Clara preguntó a Manolo si la iba a dejar pasar. Éste le cedió el
25 paso no muy convencido de estar haciendo bien.

—Bueno, parece que lo tienes muy claro. Allá tú. Y tus padres, ¿están de acuerdo contigo? —continuó Clara, mientras entraba.

30 —Mi vieja quiere que vuelva a clase. Dice que no quiere que me pase como a mi padre.

—¿Qué le ocurrió a tu padre?

—¡Bah! Un mal rollo. Mi madre me ha contado que alguien

le metió en su coche varias papelinas de coca y la poli le trincó. Eso fue hace cinco años.

—Lo siento, tío, no tenía ni idea.

—Pero no te pienses que fue una tragedia. Desde entonces, aunque te parezca mentira, nuestra vida ha mejorado mucho. Mi madre consiguió este piso y con sus trapicheos no nos ha faltado de comer a mí y a mi hermano. El problema viene ahora ya que dentro de dos meses saldrá en libertad y volverán las broncas, las palizas y los problemas económicos. Lo siento por mi madre y por mi hermano porque esta vez a mí no me encuentra en casa cuando vuelva.

—Tienes una buena papeleta, pero creo que tu madre tiene razón. Deberías volver a clase e intentar sacarte el título de secundaria. Si lo que quieres es ponerte a trabajar, el título te facilitaría las cosas.

—No creas que no lo he pensado, pero nunca podría aprobar cuarto. He ido pasando de curso porque ya no podía repetir más y ahora sería incapaz de aprobar. El curso pasado tan sólo aprobé un examen y eso porque lo copié de Quique al pie de la letra. Estoy totalmente perdido. En algunas clases no entiendo absolutamente nada.

—Pero, por lo menos, tienes que intentarlo. Algunos profesores podrían ayudarte. Con los compañeros puedes contar seguro, excepto con los cuatro imbéciles que todos sabemos. Bueno, Manolo, yo no puedo quedarme ahora más tiempo, pero espero verte mañana en clase, ¿vale?

—No te prometo nada, pero te agradezco que hayas venido a verme —dijo Manolo clavando sus ojos negros en la mirada esmeralda de Clara.

De camino a casa, Clara iba dando vueltas a la situación que había descubierto en casa de Manolo. No le parecía justo que una persona de su misma edad tuviera que pasar una

situación como ésa. ¿Qué se podía hacer en estos casos? ¿Podía ella hacer algo? Al mismo tiempo recordaba la opinión de su madre sobre personas del ambiente de Manolo: «les gusta ese tipo de vida»; «son incapaces de vivir de una forma ordenada, como lo hacemos las demás personas»; «en este país se puede vivir hoy dignamente con tal de que se esté dispuesto a trabajar»; «es intolerable que los currantes tengamos que estar trabajando toda la vida para pagar un piso y a ellos medio se lo regalen». Ella solía estar bastante de acuerdo con su madre pero ahora, en este punto, ya no lo estaba tanto. Eso de hacer justicia no era algo fácil. Recordaba alguno de los debates en clase a propósito de cómo corregir las situaciones de discriminación. Algunos eran partidarios de enviar a determinados colectivos a otras ciudades o países; otros consideraban que había que afrontar la situación tratando de dar a esas personas las mismas oportunidades de educación, salud o trabajo; y otros, finalmente, consideraban insuficiente lo anterior dada la situación de desventaja de la que partían. En especial se hacía significativa una afirmación de Quique que en su momento le pareció absurda: «no se hace justicia tratando a todos del mismo modo».

Manolo quedó profundamente conmocionado por la visita de Clara, hasta el punto de cambiar su determinación de no volver a clase: «A la mañana siguiente iría al instituto, daría la cara. De paso, tendría contenta a su madre y podría ver a Clara».

25

* * * * *

Cuando Venancio entró en clase todos los chavales habían colocado las mesas en círculo. En contra de lo habitual, no había escándalo, pero sí se adivinaba cierta tensión contenida. La presencia de Manolo hacía que se mascara el silencio.

Buenos días –saludó Venancio antes de empezar a escribir la pregunta en la pizarra, como solía hacer normalmente. Pero

aqué día todos recordaban perfectamente el problema que había quedado pendiente en la clase anterior-. ¿Quién quiere empezar a hablar?

—Yo, profe —dijo Julio mientras levantaba la mano.

Se extendió un murmullo por toda la clase. Julio no destacaba en deporte, pero sí tenía fama de cerebritito y de buen orador. Todos le escuchaban cuando hablaba. 5

—Yo he estado pensando bastante sobre esto en casa y, al intentar ponerlo por escrito en el cuaderno, me he dado cuenta de una cosa de esas que usted nos pregunta siempre cuando hablamos o cuando hacemos preguntas sobre una lectura. Y es que a veces suponemos cosas que damos por hechas al preguntar o al decir algo sin haberlas analizado bien primero; me refiero a las cosas que suponemos. Y si nos preguntamos que cómo podemos actuar justamente ante una injusticia estamos suponiendo que los que actúan injustamente merecen que se les trate con justicia, ¿no? Y, si lo merecen o no, es algo que habría que discutir antes de poder contestar esta pregunta. 10

—Pues evidentemente no lo merecen. ¿No quedamos en que los derechos y los deberes van siempre ligados? Si todos tenemos el deber de respetar los derechos de los demás, el que no cumple con ese deber no puede pedir luego que respeten los suyos. Para tener derechos hay que merecerlos —dijo Gerardo, mientras muchos miraban a Manolo. 15

—Efectivamente; y, si alguien se mete con uno de mis derechos, no me puede exigir que yo respete los suyos. Si nadie garantiza mis derechos, tengo que tomarme la justicia por mi mano —continuó Juan. 20

—Bueno, yo opino de otra forma —intervino Quique—. Creo que hay otras razones para considerar que no es válido lo que decís, pero de momento me voy a limitar a analizar las consecuencias de lo que planteáis. Vamos a ver: si alguien es lo sufi- 30

cientemente fuerte, puede defenderse de las agresiones que sufra, pero si no lo es, no puede defenderse. Más todavía: con la suficiente fuerza alguien podría dedicarse a agredir a los demás sin que nadie pudiera hacer nada, ¿no? Yo creo que así
5 se impondría la ley del más bruto, no la de la razón.

—Sí, pero afortunadamente algunos de los que han sido tratados con violencia no responden del mismo modo —Belén hablaba mirando a Norberto y su voz sonó muy bajito.

—Y menos mal que algunos actúan así porque, si no, esto
10 sería una bola de nieve que iría creciendo. Y todos acabaríamos perdiendo: las víctimas y los agresores, los inocentes y los culpables —dijo Alicia.

—O se pondría orden como es debido —cortó Ernesto.

—¿Y qué es poner orden? ¿Quién decide qué orden hay que
15 poner? ¿Y cómo podemos estar seguros de quién ha vulnerado ese orden? ¿Y qué sanción merece cada delito? —preguntó Santi hablando despacio y claro.

—Vale. Todas estas preguntas de Santi son importantes —intervino Venancio—. Pero no nos evitan tener que preguntarnos lo siguiente: cuando buscamos una finalidad, ¿los medios que utilizamos deben ser coherentes con ella? ¿Podemos defender la justicia con procedimientos injustos?
20

—Pues no, claro, eso es contradecirse —respondió Dory.

—Vale. De acuerdo. La justicia hay que defenderla con procedimientos justos. Pero, ¿qué quiere decir eso? ¿Procedimientos justos es tratar igual a las víctimas y a los agresores? —preguntó Julio.
25

—Por supuesto que no: a las víctimas hay que defenderlas y a los agresores neutralizarlos —dijo Quique—. Pero, y esto es lo
30 que no he dicho antes, esos agresores, a pesar de su conducta inhumana, siguen siendo seres humanos. ¿Y no hemos dicho en clase de Ética montones de veces que existen unos dere-

chos básicos que toda persona tiene por el solo hecho de nacer como persona? En mi opinión la verdadera cuestión es: ¿cómo defender la justicia firmemente respetando los Derechos Humanos?

—¡Esto es la leche! ¡Vamos a terminar majaras! –dijo Raúl– 5
Aquí empezamos con una pregunta y terminamos con más preguntas. Tanto hablar no sirve de nada. No avanzamos un paso sino que vamos de una pregunta a otra dando vueltas y más vueltas.

Al escuchar lo que decía Raúl, Venancio miró a toda la clase 10
y preguntó:

—¿Qué os parece? ¿De verdad creéis que no hemos avanzado nada con darnos cuenta de cómo pensamos el problema?

La clase se quedó en silencio unos momentos. Al cabo de un minuto, Julio levantó la mano: 15

—Profe, yo veo que hemos ido cambiando de preguntas. A lo mejor ocurre como en Matemáticas, que no puedes resolver un problema hasta que aciertas a plantearlo bien. Y que tienes que revisar lo que dabas por supuesto sin darte cuenta.

—Y hemos descubierto que no se puede generalizar a tontas y a locas, porque eso te puede llevar a precipitarte y cometer injusticias –dijo Irene. 20

—Y hemos visto que hacer justicia no es nada fácil, pero que sería una contradicción defender la justicia con procedimientos injustos –añadió Clara. 25

—Pero también hemos visto que ser justo no siempre es tratar a todos por igual sino que hay que dar a cada uno lo que merece –dijo Gerardo.

—Sí. Pero también hemos empezado a pensar que muchas veces confundimos la justicia con la venganza –matizó Belén. 30

Venancio miró a Manolo y Norberto. Ambos guardaban silencio. Sonó la sirena. Y Venancio dijo:

—Muchas gracias a todos. Espero que en el futuro podamos hablar con más tranquilidad.

* * * * *

5 La casa de Ernesto no era como las de los otros chicos del instituto. Era un chalet de dos plantas, situado a las afueras del barrio en una urbanización cerrada a la que sólo se podía acceder por una puerta vigilada. Sus amigos solían reunirse allí durante el verano, porque así podían disfrutar de una piscina
10 para ellos solos. Además, como la casa estaba rodeada por una enorme parcela, si armaban algo de jaleo, no molestaban a nadie.

La mayoría de los chicos que vivían en aquella urbanización no acudían al instituto público, sino a un colegio religioso concertado que había cerca. El padre de Ernesto quería
15 llevar también allí a su hijo porque, aunque le parecía que los alumnos del instituto salían bien preparados, tanto o más que lo que su hijo pudiera aprender le importaba con qué tipo de gente se pudiera mezclar. Sin embargo Ernesto no quería. No estaba dispuesto a llevar uniforme. Pero no era sólo eso. Es
20 que se sentía más cómodo entre los chicos del barrio. Desde luego le gustaba el confort, la ropa de marca, ligar y, sobre todo, presumir de sus ligues. Pero no se consideraba un pijo. Sabía que todas las comodidades de las que disfrutaba eran consecuencia del esfuerzo e iniciativa de sus padres, que
25 habían empezado desde cero, y no soportaba los aires de grandeza de muchos de sus vecinos que le miraban por encima del hombro.

Aquella tarde Gerardo y Norberto habían acudido al chalet de Ernesto para ver un partido de fútbol en el canal de pago.
30 El padre de Ernesto se sentía orgulloso de que todos vieran el modernísimo televisor que acababa de comprar y disfrutaba conversando con los chavales y dándoles consejos.

—A este paso no ganamos la Liga ni de coña. ¡Si parecen un equipo de jubilados! —exclamó el padre de Ernesto.

—Es que se han vuelto muy señoritos y no quieren mancharse la camiseta... Por cierto, Ernesto, ha sido muy buena idea juntarnos en tu casa a ver el partido. Si queréis otro día vamos a la mía —dijo Norberto. 5

—Chavales, por mi parte, podéis venir aquí siempre que queráis —dijo el padre de Ernesto—. Desde luego aquí sí que no vais a tener problemas con esa morralla de moros y gitanos que viven en vuestro barrio; además nuestra tele se ve mucho mejor. ¡Qué gentuza! ¡Mira que robarle a un tío tan majo como tú! 10

—Bueno, la verdad es que yo no tengo tan claro que fueran ellos los que me robaran —respondió Norberto—. Además, Manolo nos libró de una buena paliza. No creo que se pueda generalizar y hablar de los moros y los gitanos como si todos fueran iguales, ¿no cree? 15

—Mira chaval, cuando el río suena, agua lleva. Los españoles nunca hemos querido a esa gente, ni ellos a nosotros.

—Pero los gitanos también son españoles, y todos nosotros tenemos antepasados árabes. ¿Usted sabe que los árabes inventaron el cero? ¿Y que muchas de las palabras que usted usa proceden del árabe? Y, mire, los pantalones de marca que lleva Gerardo están hechos en Marruecos. 20

—Bueno, los pantalones los habrá cosido una mora, pero es que eso lo hace cualquiera. ¿A que la empresa no es marroquí? —intervino Gerardo un poco ofendido. 25

—Ahí llevas razón, chaval —celebró el padre de Ernesto—. Ciertas razas sólo sirven para hacer tareas mecánicas o, como mucho, para pegar saltos jugando al baloncesto, pero en los trabajos que requieren inteligencia no han destacado nunca. 30

—Entonces, según usted, mi madre es tonta de remate porque en toda su vida no ha hecho otra cosa que coser pantalones...

—Bueno, eso es distinto. Tu madre es española. ¿No irás a comparar a tu madre con una mora de ésas?

—Pues mire usted. Al fin y al cabo las dos se dejan los ojos cosiendo por cuatro perras mientras otras se pasan el día
5 luciendo modelitos.

—¡Oye, chaval! A ver si, encima que te invito a mi casa, me vas a faltar al respeto.

—No señor. Yo ya me marchó donde me corresponde..., de todos modos los partidos de fútbol están más emocionantes si
10 se escuchan por la radio. Y en mi casa no tendré que aguantar tanta chulería.

Norberto salió dando un portazo y bajó a toda prisa las escaleras de la casa de Ernesto, intentando librarse de aquella desagradable sensación de ahogo. Ya no sabía muy bien quié-
15 nes eran sus amigos, aunque se suponía que habían intentado ayudarle. Nadie, ni siquiera él mismo, que era el más afectado, podía entender lo que estaba pasando. Sin embargo, todos parecían tenerlo claro menos él; era como si, mientras todos hablaban en su nombre, a él le hubieran cosido la boca. En
20 aquel momento pensó en Manolo y se le ocurrió que quizá a él le estuviera pasando un poco lo mismo. Entonces, ya cerca de su casa, vio que alguien había escrito con letras enormes en la tapia de la vía: «Moros y gitanos la misma mierda». ¿Habrían sido capaces sus amigos de escribir aquello? No lo creía posi-
25 ble y, sin embargo, era lo mismo que acababan de decirle hacía unos minutos. Norberto se sintió avergonzado; las lágrimas acudían a sus ojos. Aguantándose las ganas de llorar, se dirigió a su casa prometiéndose a sí mismo no contarle a su madre una palabra de lo ocurrido. Mientras caminaba las ideas se
30 agolpaban en su cabeza. ¿Cómo vamos a ser todos iguales mientras nadie haga nada viendo cómo viven algunos grupos de personas? Está muy bien todo eso de la democracia y la

Constitución que nos cuentan en el instituto, pero... ¿para qué sirve la democracia a los que, como su madre, apenas fueron a la escuela? Lo único que sabe hacer es coser. Claro que ahora ya todo el mundo hace la ESO..., pero si la suspendes, como Manolo, ¿qué vas a hacer en la vida?

5

CAPÍTULO IV

Entre clase y clase el Jefe de Estudios echaba la bronca a varios alumnos que habían tomado el pasillo como campo de fútbol. Raquel aprovechó ese momento para pedirle una breve reunión. Quería hablarle sobre el viaje de fin de estudios. Quedaron en verse al acabar las clases. Al final de la mañana, en el centro casi vacío y en completo silencio, la voz de la tutora sonaba demasiado fuerte: 5

—Lo que quiero comunicarte es algo muy breve: me niego a organizar las actividades de mi grupo para conseguir fondos para el viaje de estudios. En la situación en que se encuentran me parece lo más conveniente. 10

—¡Uf, menudo problema! Precisamente ahora que, por fin, la agencia de viajes nos había ofrecido un precio razonable, contando con el número de alumnos que habíamos previsto en la anterior reunión, claro. Pero sin esas actividades me temo que el viaje resultará bastante más caro, pues varios alumnos de tu grupo no podrán pagárselo y, ya sabes, cuanto menor sea el número más caro el viaje por persona. No sé qué contestarte, me has pillado desprevenido. Yo pensé que este asunto lo habíamos dejado ya solucionado. De aquella reunión informal en la sala de profesores yo concluí que todos estábamos de acuerdo en que no era conveniente un castigo colectivo. Y que no era fácil de encajar en el Reglamento Interno del Centro. 15 20

—No, no, si no se trata de un castigo. Es, simplemente, rendirse a la evidencia; es que no se puede esperar que colaboren para organizar una fiesta cuando el simple encuentro entre ellos desencadena discusiones o peleas. Esto es para mí
5 lo preocupante, no que el viaje sea más o menos caro. Además, ¿te imaginas un viaje en estas condiciones?

—Hombre, yo espero que la situación del grupo cambie. Para eso educamos, ¿no? Creo que Venancio ha sacado el tema en las clases de Ética con ellos. Tampoco se trata de ponerse
10 la venda antes de tener la herida. Además, está el compromiso con los padres. En la primera reunión con ellos les informamos de esta actividad y de la conveniencia de hacer un pequeño esfuerzo económico para que sus hijos pudiesen realizar un viaje cultural que merecía la pena.

15 —Bueno, todos sabemos en lo que quedan estos viajes culturales. Ya sabes mi opinión al respecto. Si accedí inicialmente a colaborar fue porque me sentía obligada como tutora. Pero ahora ya no estoy dispuesta.

—Pero con todos los inconvenientes, el Claustro y el Consejo
20 Escolar lo han considerado positivo y lo habíamos programado como actividad extraescolar para este curso.

—Mira, yo veo las cosas de otro modo. Me ofrecí voluntaria para colaborar en unas circunstancias. Ahora esas circunstancias han cambiado y retiro mi colaboración. Pero no tengo
25 inconveniente en que otra persona se haga cargo de ello. Y esto mismo es lo que hay que explicar a los padres. Estoy segura de que lo entenderán.

—Puede que tengas razón, en este grupo no será fácil realizar tareas que exijan la más mínima colaboración, y no creo
30 que nadie esté dispuesto a intentarlo. ¿Habías pensado algo sobre las posibilidades que tienen ahora tus alumnos de realizar el viaje?

—La verdad, no quedan muchas alternativas. Sin las actividades, quien quiera ir tendrá que pagarse íntegramente el viaje de su bolsillo. Pero eso no me preocupa en absoluto. Así que en la próxima clase de tutoría les digo cómo queda la situación.

—Por mí de acuerdo, no se me ocurre otra solución. En todo caso, también conviene advertirles, para que luego no se lleven más sorpresas, que, como resultado de los expedientes abiertos, pudiera ocurrir que alguno de los alumnos implicados fuese castigado sin excursión.

5

10

* * * * *

Raquel había entrado en el aula y había dejado su carpeta sobre la mesa. Pero los chavales seguían hablando en corrillos o permanecían en el pasillo. Tocaba sesión de tutoría así que se lo tomaban con más calma de lo habitual. Cuando finalmente todos entraron, se sentaron y cesó el jaleo, se dieron cuenta de la cara de pocos amigos que tenía la profesora.

15

—Tengo que decir que vuestra mala educación supera todos los límites admisibles, aunque no puedo decir que me sorprenda. Hemos perdido ya ocho minutos de la clase; los minutos que habéis tardado en daros por enterados de que yo estaba aquí. No me voy a molestar en echaros la bronca porque ya estoy cansada de predicar en el desierto, así que me limitaré a recuperar esos ocho minutos en el recreo; cuando suene la sirena que nadie se mueva de su silla.

20

25

—Eso es injusto, profe; yo estaba sentada en mi silla antes de que usted llegara –protestó Belén.

—Sí, sí. Cotilleando con Inés del modelito que os vais a poner para ir a la disco el viernes, que os he oído –dijo Raúl detrás de ellas.

30

—Cállate, imbécil –intervino Inés.

—Mejor será que os calléis todos porque si alguien tiene

algo que añadir puede ir a decir lo que desee en Jefatura de Estudios –la profesora había hablado más bajo de lo habitual, pero en el tono de su voz y en su mirada había algo que hizo que todos guardaran un silencio sepulcral–. Ayer mismo hablé
5 con el equipo directivo y hemos tomado la decisión de que, dado vuestro comportamiento y vuestras reiteradas faltas de disciplina, el instituto no va a ayudaros a organizar ninguna actividad para recaudar fondos para el viaje de fin de curso; además, dudo mucho que ningún profesor en su sano juicio
10 estuviera dispuesto a acompañaros; desde luego yo no estoy por la labor. Y espero que os sirva de lección.

Alicia pidió la palabra. A pesar de su aspecto desastrado, de sus pantalones sin gracia, de que no se pintaba ni hacía nada por atraer la atención de los chicos, el grupo solía escuchar lo
15 que decía. Como casi siempre, sus ojos expresaban cierta timidez mientras su frente, cejas y boca mostraban seguridad.

—Dime, Alicia, por cierto que te felicito; ya es hora de que alguien levante la mano y espere su turno en vez de hablar todos a la vez, como tenéis por costumbre.

20 —Bueno, yo quería plantear varias cosas –comenzó Alicia–. En primer lugar quiero decir que admito que nuestro comportamiento como grupo no es ejemplar, pero creo que en el Reglamento de Régimen Interior no se establecen sanciones colectivas a no ser que en un grupo todos, absolutamente
25 todos, hayan participado en la falta.

—Habló la lista –murmuró Gerardo detrás de Alicia, sin que le oyera la profesora.

—Mira, Alicia, –contestó la profesora elevando el tono por primera vez– no se trata de que yo esté aplicando una sanción.
30 Se trata de que no estoy dispuesta a haceros un favor. Yo vengo aquí a explicaros Física y Química, suponiendo que estéis por la labor de escuchar, claro; como tutora, controlaré vuestras

faltas y recibiré a vuestros padres; pero nada ni nadie me obliga a irme con vosotros de viaje ni a organizar actividades. Y si hubiese dado con un grupo normal, lo hubiera hecho encantada, pero me ha tocado el peor grupo de todo el instituto y ya he comunicado al equipo directivo que no voy a ayudaros a organizar vuestro viaje. Y lo han comprendido perfectamente. 5

—Si no es una sanción, ¿podemos irnos con otro grupo? —preguntó Olga, después de levantar el brazo.

—Sí, claro, si os admiten los profesores acompañantes; sólo que tendréis que pagar el precio completo del viaje —contestó la profesora. 10

—Estupendo. Y así pasamos de rifas, concursos y mandangas —dijo Ernesto—. Yo me apunto con 4º F. Animaros, tíos.

—Ernesto, te recuerdo que conviene levantar el brazo antes de hablar; Dory había pedido la palabra antes que tú; y también conviene evitar ciertas expresiones que no son procedentes en clase —cortó la profesora—. ¿Querías decir algo, Dory? 15

Dory era delgada y muy habladora. Era mucho más atrevida que Alicia en su relación con los chicos; sin embargo, las dos encajaban muy bien. Quizá porque ambas tenían una enorme sensibilidad ante las injusticias y el sufrimiento ajeno. 20

—Bueno, yo quería decir que a lo mejor no se trata de una sanción pero sí de una decisión injusta, porque no respeta la responsabilidad individual de cada uno y hace pagar a justos por pecadores. Además, su resultado tampoco es justo —dijo Dory—. Quiero decir, ahora resulta que, si tienes dinero, te puedes ir de viaje aunque te hayas portado mal; y si no tienes dinero, aunque no hayas hecho nada malo, pues no te vas. Además... 25

—Dory, ya he oído suficiente —cortó la profesora en tono airado; las intervenciones de Alicia y de Dory la habían sacado de quicio mucho más que las interrupciones de Ernesto. Cuando 30

demostréis la suficiente madurez, podréis hablar de justicia. Mientras tanto, a ver si conseguimos mejorar los modales, que puede ser el primer paso. Se acabó la conversación. Ahora rellenáis este cuestionario que me ha dado el orientador y si
5 alguien se mueve de su silla cuando suene la sirena irá directamente a Jefatura de Estudios.

* * * * *

No había parado de llover en toda la mañana y el porche del
10 instituto estaba atestado de chavales que intentaban resguardarse como podían.

—Pues menuda gracia –dijo Sonia–. Yo, que llevo todo el curso estudiando y atendiendo en clase, ahora resulta que me voy a quedar en casa, y sin embargo Ernesto, que no ha dado
15 palo al agua, sí que puede ir al viaje.

—La verdad es que no se quién se va a tragar ahora todos esos rollos de la igualdad y la justicia. Los culpables de todo este lío se van de rositas, y los que no hemos hecho nada pagamos los platos rotos –dijo Alicia.

20 En ese momento llegó Ernesto, acompañado de Quique y Dory.

—¿Qué pasa? ¿Se os ha muerto alguien? –preguntó Ernesto.

—Pues pasa que no tenemos unos padres con dinero que nos saquen las castañas del fuego como a ti –contestó Alicia
25 visiblemente enfadada.

—Oye, que yo no tengo la culpa de que la tutora se haya puesto tan borde –dijo Ernesto–. Aunque yo no fuera al viaje, no conseguiría que pudierais ir vosotras.

—No. Pero, si tú y otros cuantos supierais comportaros
30 como personas, nada de esto habría pasado –dijo Herminia.

—Mira, –dijo Ernesto– yo creo que la tutora estaba deseando tener una excusa para no acompañarnos al viaje. Si no

hubiera sido ésta, se habría buscado cualquier otra; pero si queréis echarme a mí la culpa, allá vosotros, yo me marchó a buscar a Gerardo.

—Bueno, pues está visto que a ése no le vamos a hacer cambiar de idea..., de todos modos, yo creo que deberíamos hacer algo para que todos podamos ir a la excursión. Si no, desde luego yo no voy —dijo Dory. 5

—Pues no sé qué vamos a hacer —dijo Herminia—; como no echemos una quiniela...

—Pues mira, no andas muy descaminada; Quique y yo hemos estado pensando que podíamos intentar hacer cosas para conseguir dinero. Está claro que, si no nos buscamos la vida, nadie va a venir a ayudarnos. Y no creemos que sea tan difícil organizar alguna rifa o algo parecido. 10

—¿Y a quién le vais a vender las papeletas? Total, para que las compre vuestra madre, mejor que os dé el dinero directamente —dijo Herminia. 15

—Tampoco hay que verlo todo tan negro, Herminia. Está claro que nosotros solos no podemos hacerlo pero, si nos ponemos de acuerdo con el resto de la clase, podríamos empezar por la rifa y luego seguiríamos organizando más cosas..., tampoco tenemos nada que perder —dijo Dory. 20

—A mí me parece bien —dijo Alicia—. A ver si de verdad somos capaces de hacer algo por nosotros mismos y demostramos que los jóvenes no somos tan inútiles como dicen en los periódicos. 25

—O nuestra tutora —añadió Dory.

—Sí, al menos demostraremos que no todos somos tan egoístas como algunos —dijo Sonia—. Yo me encargo de ir a la imprenta y otro que se encargue de conseguir cosas para hacer una cesta de Navidad. Herminia, tú que eres la delegada, podrías hablar con la Asociación de Padres de Alumnos. 30

—Creo que en la tienda de mi tío nos pueden dar algo, y además él puede hablar con otras tiendas a ver si nos echan una mano a cambio de poner publicidad en las papeletas –dijo Quique–. Era un muchacho alto y delgado. Alicia se fijó disimuladamente en su camiseta de color crema que, por detrás, tenía la leyenda *Otro mundo es posible* y, por delante, un globo terráqueo ligeramente más oscuro que el resto de la prenda.

5
10 —Ésa es una idea estupenda, Quique –dijo Alicia–. Vamos a hablarlo con los demás y seguro que entre todos conseguimos algo.

CAPÍTULO V

Sentada en un banco del hall del instituto junto a la puerta del patio, Herminia repasaba una y otra vez las cuentas con cara de pocos amigos. Estaba indignada y no era para menos. ¿Cómo se atrevían a dejarla colgada? ¡A ella, que había tenido que dar la cara por todos! Negociar con los padres del APA para que adelantasen el importe de la cesta de Navidad, hablar con el padre de Quique para que avalase en la imprenta los boletos de la rifa... La noche anterior ya había sido el sorteo y la mitad de la clase aún no había entregado el dinero ni devuelto los números no vendidos. Bueno, y los que lo habían hecho, francamente, tenían mucho morro: dos números vendidos, cuatro... Desde luego, que a nadie se le fuera a ocurrir en el futuro pedirle nada. No pensaba meterse en más movidas. Ni hablar.

—Toma Herminia, son diez euros, cinco números vendidos. Y aquí están los treinta y cinco números restantes –dijo Olga, haciendo ademán de salir disparada.

—¡Ah, perfecto! Si todo el mundo hace como tú, a lo mejor podremos pagar la cesta –comentó Herminia con sarcasmo.

—¿Y qué quieres que te diga? Nadie quiere saber nada de rifas y menos por una cesta. Además, empezamos hace sólo tres semanas. Y todos tenían ya lotería de Navidad. No me iba a poner a mendigar...

—Si es que no sé quién tuvo la brillante idea. Pedir dos euros por número y tener que vender cada uno cuarenta números. ¡Qué disparate! —terció Julio.

5 —Vale, ahora todo el mundo es muy listo. Pero, cuando se planteó en clase para ver si estabais de acuerdo, casi todos levantasteis la mano. Y, por cierto, tú no dijiste nada ¿verdad? —dijo Herminia desafiante.

10 —Allí no se discutió nada. Yo voté porque estaba de acuerdo con la idea de recoger fondos, así, en general. La intención era buena. Pero habéis organizado esto de pena y mira ahora las consecuencias —contestó Julio.

15 En aquel momento llegó Santi, enfundado en una especie de poncho de colorines, como de jarapa vieja, que no paraba de danzar al ritmo que lo hacía su dueño. Llevaba los auriculares puestos y movía mucho la cabeza:

—Oye, —dijo a Herminia sin quitarse los cascos— que aquí tienes doce euros. Me faltan números; no los encuentro. Pero, tranquilos, que ya aparecerán, ¿vale?

20 —¡No vale, rico, no vale! —gritó colérica Herminia— Ahora, ¿cómo sabemos que no te has quedado dinero?

Justo entonces llegaron Clara y Belén con un periódico que habían ido a pedir a la sala de profesores.

—¿Qué pasa? ¿Por qué estáis tan alterados?

25 —Pasa que aquí no se puede hacer nada —vociferó Herminia—. Nadie cumple lo que dice. Ahora viene Santi y dice que ha perdido los números ...

—No he dicho que los he perdido, he dicho que no los he encontrado ...

—¿Y qué número ha salido en los ciegos? —preguntó Julio a Clara.

30 —A ver. Aquí pone el 10.327. A lo mejor...

—Estupendo —dijo Herminia, mirando su lista—. Precisamente el 327 es uno de los pocos que hemos vendido.

—¿Y quién ha sido el gafe? —preguntó con sorna Antonio, que escuchaba muy divertido la escena desde la puerta del patio.

—He sido yo. ¿Qué miráis? No tiene nada de particular teniendo en cuenta que creo que soy la única que se ha preocupado de vender sus números —dijo Herminia descompuesta. 5

Clara se fue directa a por Antonio y le soltó:

—Oye, y tú, ¿por qué te ríes? No sólo no has colaborado, sino que has estado todo el tiempo boicoteando. Tendrías que estar más callado que un muerto.

—No te me pongas así. Vale, yo he pasado de la rifa, pero no he boicoteado nada. Sencillamente, me parece ridículo que os empeñéis en aparentar que aquí no ha pasado nada y que todos cantidad de amigos. 10

—A eso me refiero con lo del boicot. Algunos seguís empeñados en que continúe el mal rollo. ¿Has puesto algo de tu parte para que esto acabe? 15

—Pues mira, sí que lo he puesto. Porque el cuerpo lo que me pedía era romperle la cara a un par de niñatos que hay en esta clase y no lo he hecho. Aún no sé muy bien por qué.

—Pues a lo mejor ya va siendo hora de que pienses por ti mismo por qué haces y no haces las cosas. 20

—No te esfuerces. Está claro que los culpables siempre somos los mismos. Lo mismo da que se pierda una chupa o que el número de los ciegos coincida con una de las papeletas.

—Lo que nos faltaba, que ahora éste se haga la víctima —protestó Clara. 25

—¿Queréis dejarlo ya? —pidió Quique— No creo que arreglemos nada culpándonos unos a otros. Y vosotros no seáis tan susceptibles. Nadie trata de haceros únicos responsables del fracaso de la rifa. La bronca de Clara no ha sido muy diferente de la que antes nos ha ido echando Herminia a los demás. Se trata de aprender que necesitamos la colaboración de todos. 30

Pilar, la conserje, se acercó en aquel momento al banco donde se arremolinaba ya bastante gente y dijo:

—¿Qué hacéis aquí? Sabéis perfectamente que ahora deberíais estar en el patio.

5

* * * * *

Al volver del recreo, Álvaro, el profesor de Ciencias Sociales, no apareció. En su lugar se presentó el profesor de guardia con un paquete de ejercicios que, según dijo, iba a recoger al final de la clase.

10

Felipe decidió que aquello no iba con él. Llevaba ya varios días mosqueado. No había pasado ni un mes y parecía que nadie quería acordarse de cómo había empezado todo aquel marrón.

—¿Te has enterado del desastre de la rifa? —susurró a Norberto, su compañero de pupitre— Yo creo que, mientras no aparezca tu chupa, no hay nada que hacer. Hay muy mal rollo en la clase.

15

Norberto alzó los hombros, despectivo, y simuló interesarse mucho en los ejercicios de Sociales. Sin desanimarse, Felipe añadió con tono misterioso:

20

—Y lo peor es que todo esto se ha producido porque aquí todos, los profes los primeros, han partido de una hipótesis falsa...

—¿Qué quieres decir?

—Que estoy seguro de que tu chupa no la fingió nadie de esta clase.

25

—¿Y cómo estás tan seguro de eso? Sucedió a segunda hora, durante la clase de prácticas, y aquí abajo, enfrente de conserjería, es casi imposible que alguien entre y salga entre horas sin ser visto.

30

—Tú lo has dicho, «casi» imposible. Pero lo que me parece imposible del todo es que fuera alguno de la clase y menos aún

alguien tan marcado como Manolo. Aplica la lógica, macho. Yo no digo que no pueda haber en la clase algún mangante. Pero, aún así, lo lógico es que no mangara aquí, dando la nota, cuando lo podía hacer tranquilamente en otra clase. ¿Robarías en tu propia casa si pudieras hacerlo sin problemas en otra casa? 5

—Yo tampoco creo que haya sido Manolo, al menos personalmente, pero, no sé, no me convence tu comparación. No sé si hay muchos que consideren que esta clase es como su casa.

—Pero piensa en los motivos. Si lo que pretendía el chorizo es la pasta, bueno, espero que no te molestes, pero por ahí hay chupas que molan mucho más que la tuya y son mazo más caras. A menos que el «móvil» fuese otro... 10

—¿Sabes qué? —le interrumpió Norberto— Que a estas alturas me importa un carajo la cazadora, porque ya sé que no la voy a recuperar. Aunque me gustaría pensar como tú, porque lo que más me jode es que ahora en la clase parece que uno no se puede fiar de nadie. 15

En aquel momento una bolita de papel impactó en las gafas de Felipe. La cogió rápidamente, con ánimo de devolverla con furia al lugar de donde había llegado. Pero observó que Ernesto, dos filas por delante, le hacía ostensibles gestos de calma y le señalaba a Norberto. 20

—Dame —dijo Norberto. Desarrugó la bolita y leyó en silencio su mensaje: 25

«Te esperamos esta noche para ver el partido. Mi padre no está cabreado contigo. No todos somos tan bordes como tú, mamón.»

Cuando Ernesto se cercioró del éxito de la operación, se volvió hacia su compañero Raúl: 30

—¿Por qué crees que las tías de esta clase están últimamente tan bordes?

—Desengáñate, no están bordes, son bordes. Yo ya paso de ellas.

—Hay de todo. Tenías que haber visto a Dory, cuando las fiestas. ¡La marcha que tenían ella y su hermana! Yo creo que
5 es este muermo de instituto lo que las vuelve estúpidas. Ernesto se quedó mirando los rizos pelirrojos de Dory inclinados sobre su pupitre.

—¿Tú crees? A ellas les va todo este rollo. Fíjate en la cara de cabreo que va a poner tu Dory, —y añadió alzando la voz—
10 ¡Eh, Dory!

Cuando ella se giró, Raúl apretó sus labios y le lanzó a distancia un sonoro beso. La palabra «imbécil» destacó descaradamente por encima del murmullo de fondo. El profesor de guardia levantó la vista visiblemente enfadado.

15 Al final de la mañana, camino de su casa, Ernesto vio a Dory y a Alicia y corrió hasta alcanzarlas.

—¿Qué te pasa conmigo, Dory? —le dijo cogiéndola del hombro— ¿Se puede saber qué he hecho mal?

—¿Que qué has hecho? —Dory apartó el brazo de Ernesto
20 con brusquedad— Justamente de eso se trata: que no has hecho nada. Mientras todos estamos agobiados por intentar sacar adelante el viaje fin de curso, tú no te has dignado a echar una mano.

—Perdona, pero a mí ese viaje ya no me interesa. Creía que
25 estábamos en un país libre. Yo no levanté la mano, ni me comprometí a nada cuando planteasteis la estúpida idea de la rifa. Hay mucha gente que pensó lo mismo, pero os siguió la corriente y ahora os ha dejado en la estacada. Ése no es mi problema.

—Claro, los problemas de los demás nunca son tu problema.
30 ¿Sabes que te digo?, que ése es precisamente tu problema. ¿Qué importa si vas a ir o no al viaje? Yo esperaba de ti que tuvieras más compañerismo.

—Vale, si me hubieras dicho que eso del viaje era tan importante para ti, pues a lo mejor habría hecho el esfuerzo —Ernesto observó decepcionado que el rostro de Dory no se alteró en absoluto y añadió casi con rabia—. En esta clase hay gente por la que no estoy dispuesto a mover un dedo. Además, si pretendíais que la gente se interesase, haber planteado alguna otra cosa. 5

—¿Como qué, listo?

—Yo que sé, haber organizado una fiesta, por ejemplo, a ver si así se os quitaba la mala leche. 10

* * * * *

Aquella misma tarde Dory, Ernesto, Norberto, Quique e Irene discutían en el parque sobre si ir o no a la bolera cuando vieron a Venancio, cargado de bolsas de la compra, camino de su casa. 15

—¿Qué pasa, chavales? ¿Cómo van las cosas? —preguntó dejando aliviado su carga.

—Pues muy mal —contestó Irene—. No somos capaces ni de organizar una rifa. Hemos tenido que poner un euro y veinte céntimos porque no nos alcanzaba ni para pagar la imprenta y si no pagábamos le iban a pasar la factura al padre de Quique. 20

—Si es que nos hemos metido en camisas de once varas. No se pueden vender boletos que valen casi más que lo que trae la cesta; y ahora viene la vecina de Herminia con que la lata de melocotón estaba caducada y el turrón debía de ser del año pasado porque estaba rancio; claro que, con lo que nos costó, no nos iban a poner un jamón de Jabugo —dijo Norberto. 25

—Sí, bueno; pero eso no podíais saberlo. La cuestión es, ¿por qué vendisteis tan pocos números? —preguntó Venancio.

—Pues porque algunos pasaron olímpicamente; como tienen muchas pelás y se van con 4º F, los demás que se aguanten —dijo Irene mirando a Ernesto. 30

—Irene, no me condenes tan pronto. Aunque sigo sin verlo claro, he decidido que voy a colaborar y me voy con vosotros a donde se pueda ir –contestó Ernesto mirando de reojo a Dory–. Al fin y al cabo, ésta es mi clase.

5 —Pues bienvenido. Éste puede ser un primer paso para mejorar las cosas –dijo Quique dándole una palmada en la espalda–. Pero no es sólo eso; por lo menos tú no te habías comprometido a nada.

10 —¿Estaba la mayoría comprometida con el proyecto? –preguntó Venancio– ¿Habíais discutido sobre la cantidad de números que haría falta vender para que fuera rentable? ¿Habíais pensado sobre la cantidad de números que podría vender realmente cada uno?

15 —Bueno, hablamos algo en el recreo y, menos unos pocos que dijeron que no, los demás todos dijeron que vale, que se encargara Herminia, que para eso era la delegada. Pero no discutimos nada de todo eso –dijo Irene.

20 —¿Sabéis qué os digo? Que la tutora tiene razón; somos un desastre; no estamos preparados y sin los profes no podemos –dijo Norberto.

—Efectivamente, esto os ha salido mal; pero eso no es grave. A andar se aprende andando, cayéndose, levantándose y reanudando el camino; y el que espere a estar preparado va listo. Sólo que se anda mejor en compañía. Lo más grave es que no hayáis
25 hecho nada para arreglar el mal clima que tenéis entre vosotros. Y ésa es la causa principal de que no hayáis tenido hasta ahora éxito al abordar una tarea común. Éste es momento de resolver vuestras diferencias. Cualquier cosa que intentéis organizar quizás os cueste un poco más sin la colaboración de
30 los profesores, que otras clases sí tienen; pero, si conseguís funcionar como grupo y organizáis entre todos juntos un proyecto común, habréis abierto el camino –contestó Venancio.

—¿Y para qué? Si ningún profe se va a querer venir con nosotros... —preguntó Norberto.

—Mira, si vosotros os organizáis, yo me voy con vosotros. Y, si no llegamos a Italia, nos vamos a acampar a la sierra. Pero tenéis que organizarlo vosotros —dijo Venancio mientras cogía 5
de nuevo sus bolsas y soltaba un alarido.

—¿Qué le pasa, profe? —preguntó Dory.

—Es la maldita hernia de disco —contestó Venancio hecho un cuatro.

—Venga, no se apure, que nosotros le ayudamos —dijo 10
Quique mientras entre él y Ernesto le llevaban hacia su casa casi en volandas.

—Pues no sé qué vamos a hacer con éste en la sierra. Como no haya por allí una residencia de la tercera edad... —dijo Norberto mientras se repartía las bolsas con Irene y Dory.

CAPÍTULO VI

Aquel día la clase de Ética no era como las otras. Venancio se había ofrecido para ayudarles a preparar la fiesta y de verdad que lo estaba haciendo porque, si no llega a ser por él, nadie se habría aclarado con tanto jaleo. Pese al ruido de mesas y sillas en movimiento, conversaciones que se interferían, exclamaciones y risas, pudo oírse la voz pausada y clara del profesor: 5

—Vamos a ver, primero hacemos todas las propuestas que se nos ocurran, y luego vamos seleccionando las que nos parezcan más viables ¿Quién quiere salir a la pizarra para ir anotando lo que se diga? 10

—Yo, profe, —dijo Olga— que a mí esto de la fiesta me interesa mucho.

—Es la primera vez que te ofreces voluntaria para salir —se sorprendió Venancio.

—Es que aquí no se trata de teorizar sobre la justicia y todas esas chorradas que no sirven para nada. Aquí vamos a utilizar nuestras ideas para hacer algo —respondió Olga mientras avanzaba hacia la pizarra, retirando de su rostro algunos mechones de su magnífica melena negra, cuidadosamente «despeinada». 15

—Bueno, déjate de rollos y escribe, que no has salido a la pizarra sólo para lucirte. Yo propongo que hagamos un concurso de disfraces —dijo Dory un poco rabiosa. 20

—Eso, eso, y yo te asesoro sobre tu disfraz —contestó Ernesto.

—Bueno, ya sabemos que algunos el disfraz de patanes lo llevan todo el día puesto —contestó Clara visiblemente enfadada—. También podemos organizar actuaciones, karaoke, chistes, aeróbic y cosas así.

—Yo tengo una amiga que toca en un grupo. Si queréis, puedo llamarla por si quiere venir. Es antigua alumna del instituto —dijo Quique.

10 —Si te refieres a Nuria, además de que canta peor que yo debajo de la ducha, no sabe moverse encima de un escenario —contestó Olga despectivamente.

—Bueno, creo que deberíamos eliminar ese tipo de comentarios que no llevan a nada —dijo Alicia—. Aquí de lo que se trata es de sacar la fiesta adelante con los medios que tengamos. Además, no podemos olvidar que la fiesta es para sacar dinero.

—No creo que sólo se trate de eso —dijo Clara—. Si fuera así muchos de nosotros nos habríamos ido de excursión.

20 —Tienes razón —contestó Herminia—, pero lo del dinero también es importante. Deberíamos pensar en cobrar una entrada y en vender pulseras y mecheros.

—También podemos preparar bocadillos y vender refrescos— dijo Belén.

25 —Pero nada de esto va a funcionar si no somos capaces de llegar a unas normas mínimas de funcionamiento y de respetarlas a rajatabla —dijo Herminia—. Acordaos lo que pasó con lo de la rifa.

—Ya estamos con las dichosas normas. ¿Quién las necesita? ¿Y para qué? —dijo Santi.

—Pues, por ejemplo, tú. Tú las necesitas para que no vuelvas a ser tan desastre —respondió Herminia indignada.

—Herminia tiene razón –intervino Quique–. Hay algunas pocas cosas que tienen que quedar claras: tiene que haber gente que se responsabilice y alguien que controle todos los preparativos antes de la fiesta. Habría que decidir qué hacemos con el alcohol, si lo prohibimos o nos hacemos los locos... 5

—Sí, y a ver quiénes se comprometen a limpiar y recoger después, que ya nos conocemos –dijo Alicia.

—Si os parece podemos empezar por hacer varios grupos y que cada uno traiga mañana un plan de trabajo –dijo Dory–. A ver... haría falta un grupo de personas para gestionar todo lo del equipo y el escenario. 10

—Yo me encargo; pero necesito ayuda. Manolo, para esto tú eres insustituible; cuento contigo. Y si alguien más quiere ayudarnos que venga para acá –dijo Quique.

—Yo me apunto a un grupo para preparar los bocadillos y las bebidas –dijo Alicia. 15

—Y yo para la decoración y hacer adornos para vender –intervino Sonia que hasta aquel momento había permanecido callada.

—Yo me pido todo el tema del espectáculo. ¿Contamos contigo, Antonio? –dijo Dory mientras sus ojos se quedaban mirando el rostro de Antonio esperando su respuesta. En ese momento intervino Irene: 20

—Yo no canto si tú no me acompañas con la guitarra.

—Bueno, ya veremos –respondió Antonio que se sentía bastante halagado pero no quería manifestarlo. 25

—Y yo voy a hablar con algunos alumnos de 3º A que van a clases de baile, para que monten una actuación –dijo Olga.

—Pues Felipe y Norberto que se encarguen de pensar juegos para amenizar la fiesta –dijo Ernesto– y yo, si queréis, preparo algunos chistes. 30

—Bueno, y en cuanto a las entradas –intervino Herminia–, ¿os parece bien que cobremos dos euros?

—¿Qué dices? Si cobramos dos euros, no sacamos ni para los gastos. Hay que cobrar tres euros –corrigió Felipe.

5 —¿Y a qué hora terminará la fiesta? –dijo Sonia.

—No creo que nos dejen estar en el instituto hasta más de las diez; luego podríamos seguir la juerga por nuestra cuenta sugirió Felipe.

10 —Sí, claro, y a recoger nos quedamos las mismas de siempre –intervino Alicia.

—No te preocupes, que hasta que no esté todo recogido de aquí no se va nadie –aseguró Clara.

—Yo no creo que pueda ayudaros –dijo Sonia– porque a las once tengo que estar en casa.

15 —Pues esa suerte que tienes –dijo Belén– porque yo no creo ni que pueda venir. Mis padres tienen una asamblea en la Asociación de Amigos del Pueblo Saharahui que, como siempre, terminará a las mil, así que no me pueden recoger.

20 —Si es que vives en el quinto pino, –intervino Felipe– pero a lo mejor Gerardo podría llevarte en su moto.

—¡Qué envidia me dais! –dijo Sonia– A mí me va a dar mucha rabia tener que marcharme la primera.

25 —Pues plántale cara a tus padres. A tu hermano, que es más pequeño, bien que le dejan –dijo Dory, que era vecina de Sonia y conocía bastante a su familia.

Cuando terminó la clase, Ernesto se acercó a la mesa de Gerardo. Le conocía muy bien. Sabía que estaba enfadado y que no tardaría mucho en manifestarlo.

30 —¿Y tú de qué vas, tío? ¿Vas a tocar las palmas cuando Antonio toque la guitarra?

—No digas chorradas. Se trata tan sólo de una fiesta y de pasárselo bien. Además, tú sabes perfectamente que no iría si

no fuese por Dory. Venga, ánimo, no me dejes colgado. Ya verás cómo nos lo pasamos de miedo.

—No sé. Ya me lo pensaré. Me apetece ir a la fiesta, pero me jode tener que ver toda la noche el careto de esos mierdas. Conste que si voy es por no dejarte solo.

5

* * * * *

Por fin había llegado el gran día. Alicia corría de un lado a otro hecha un manojo de nervios. Aunque no había transigido en disfrazarse, había dejado que Dory y Olga le hiciesen un recogido y la maquillasen.

10

—Bueno, esto es un descontrol, la gente se agolpa en la entrada y Nuria aún no ha venido —dijo Alicia.

—No te agobies —dijo Dory, que se había disfrazado de sota de copas—. Tenemos muchas más cosas preparadas.

15

—¿Abrimos o qué? —gritó Raúl desde la puerta—. La gente se está impacientando.

Cuando Raúl y Gerardo abrieron las puertas, la gente empezó a empujar y a entrar desordenadamente, con lo cual, no pudieron comprobar si muchos de ellos llevaban o no entrada.

20

—Menudos gilipollas —dijo Gerardo—. Como los pille, se van a enterar.

—Si no sabes ni quiénes han sido —dijo Raúl—. Todo esto está muy mal organizado.

El gimnasio parecía una auténtica sala de fiestas. Santi había traído algunos de sus dibujos y un hermano de Quique le había ayudado a iluminarlos, creando un ambiente muy agradable. También habían utilizado unas cortinas para separar el chiringuito del resto de la sala.

25

—Os ha quedado fenomenal; eres una decoradora nata —le dijo Dory a Sonia.

30

—Bueno, la verdad es que si no llega a ser por Santi no habría salido. Es un poco raro pero tiene unas ideas geniales –contestó Sonia.

—Mira, parece que van a empezar con los disfraces –dijo
5 Alicia.

Seguía llegando un mogollón de gente joven y Herminia se aseguró de que todos pagaran la entrada.

Dory subió al escenario seguida de Olga, que iba disfrazada de Cruella de Vil y de un mejicano, una bruja, una mesa cami-
10 lla, un euro y una monja. Los siete participantes bailaron una canción mientras sus compañeros les jaleaban como si se tratara de auténticas estrellas.

—Y a continuación –dijo Olga– el baile de las *BAD GIRLS*.

Salieron a escena cuatro chicas que se movían realmente
15 bien y no tenían nada que envidiar a las bailarinas que salen por televisión. Cada una llevaba un vestido de un color distinto, como de imitación de terciopelo, que se ceñía a su cuerpo de tal manera que, milagrosamente, apenas se arrugaba cuando se movían. Y eso que las bailarinas derrochaban tal flexibi-
20 lidad que parecían verdaderamente de goma. Fueron animando a la gente a que bailasen con ellas y, al final, hasta algunos espontáneos se atrevieron a hacer sus pinitos sobre el escenario. Entonces, un amigo de Raúl subió a trompicones y se abrazó torpemente a una de las chicas, tirándola al suelo. Raúl
25 se lanzó a por él y se lo llevó a los servicios, diciéndole mientras le echaba agua por la cabeza:

—Desde luego, cómo te pasas, tío. No controlas lo que tomas.

—Joder, tío, déjame en paz. Me encuentro fatal. Vuélvete a
30 la fiesta –musitaba el amigo.

Belén llevaba diez minutos mirando nerviosa su reloj. Gerardo se le acercó por detrás y le susurró:

—Cuando quieras te acerco a casa.

—Te lo agradecería mucho pero no me gusta ser aguafiestas.

—¿Qué dices? Yo me estoy aburriendo. Prefiero mil veces coger la moto.

Y era sincero. Los fines de semana Gerardo no se separaba de su moto y andaba por ahí uniformado con sus cueros al estilo «ángeles del infierno», hiciese frío o calor. Cuando ya llegaban al aparcamiento, Gerardo preguntó de sopetón: 5

—Oye ¿qué es eso de los saharauis?

—Nada. Cosas de mis padres. Es una ONG que ayuda a esa gente, que se quedó sin tierras. Su país fue una colonia española y ahora lo ocupa Marruecos. 10

—¿Y ahora viven aquí, en España?

—No, qué va. Están refugiados en Argelia. Pero tú no estás de acuerdo con eso de ayudar a extranjeros, ¿no? 15

—¿De dónde has sacado eso, chiquilla? A mí me parece muy bien que cualquiera ayude a los que de verdad lo necesitan. Lo que me parece fatal son todos esos moros que vienen aquí de forma ilegal a liarla. Y luego se dedican a robar y a vivir del cuento. 20

—Pero eso no es así. La mayoría viene porque de verdad lo necesita. Huyen de la miseria o de la persecución y buscan un trabajo. Además, son otros los que se aprovechan de ellos.

—Mira, en lo último que has dicho estoy de acuerdo. Habría que echar el guante a los que contratan ilegales. 25

Al subirse a la moto, llegó el momento esperado y a la vez temido por Belén. En principio la perspectiva de volver sola con Gerardo, de noche, le daba un poco de miedo. Pero en cuanto se sujetó a sus fuertes hombros se sintió bien y relajada. «Mejor agárrate a mi cintura, que despegamos» gritó Gerardo. 30
Y Belén lo abrazó como a un peluche, sintiendo la calidez y la vibración de su cuerpo. Cerró los ojos y creyó volar.

Cuando Raúl volvió al gimnasio, no había nadie sobre el escenario. Había llegado el momento de la actuación de Nuria y ésta no aparecía.

—Oye Quique, Nuria sigue sin aparecer —dijo Ernesto—.
5 Creo que la hemos fastidiado.

—Pues sube al escenario, a ver si por fin ayudas en algo. Mientras tanto voy a intentar llamarla otra vez —contestó Quique.

Ernesto subió al escenario y empezó a contar chistes. La verdad es que eso se le daba bien. Después de un rato se
10 quedó sin ideas, y como Quique no volvía, pidió voluntarios para que subieran con él.

Entonces subió Antonio con la guitarra y todo el mundo rompió a aplaudir. Dos chicas de 2º D se pusieron a bailar y Felipe y Clara empezaron a dar palmas. Tocaron canciones de
15 *Estopa* y de *Ketama*, y luego empezaron con el rollo romántico. Algunas parejas se buscaban con los ojos mientras los menos afortunados se acercaban a la barra. En cosa de media hora Sonia, Santi, Julio y Olga había desaparecido.

—¿Por qué no buscamos a Julio y le cortamos el rollo?
20 —dijo Felipe.

—A ti lo que te pasa es que te mueres de envidia —dijo Ernesto.

Nuria seguía sin aparecer, aunque ya a nadie le importaba demasiado. Ahora, en el escenario, un grupo de chicos y chicas disputaban a ver quién era capaz de arquearse más para pasar
25 por debajo de una cuerda situada a setenta centímetros del suelo.

Mientras, en el chiringuito, Alicia y Quique intentaban recoger como podían. Alicia miraba constantemente a Quique, pero con total disimulo. En ese momento llegó Herminia con una torre de vasos.

30 —Tenías razón, Alicia, aquí siempre pringamos los mismos, —dijo Herminia— y además, entre la comida que ha sobrado y la gente que se ha colado, no vamos a sacar un duro.

—No, si ya sabía yo que todos los voluntarios para recoger se iban a dejar el compañerismo en casa –contestó Alicia con resignación.

—¿Sabes que estás muy guapa con ese recogido? –dijo Quique intentando aliviar tensiones–. Deberías peinarte así más a menudo. 5

Alicia se puso roja como un tomate, pero aun así se quedó mirando a Quique fijamente y esbozó un tímido «gracias, tú también estás muy guapo». Quique bajó los ojos avergonzado y se marchó sin decir una palabra. Alicia rompió a llorar. 10

—Pues ahora sí que la hemos hecho buena –dijo Herminia–. ¿Quieres que te acompañe a casa?

—No –dijo Alicia–, hay que recoger todo esto... lo único que me pasa es que estoy un poco cansada.

A eso de las diez empezó a marcharse todo el mundo. La gente fue saliendo con más o menos orden, dejando tras de sí un reguero de papeles, pisadas y vasos vacíos. La mayoría seguiría la fiesta hasta más tarde con su grupo de amigos, en cualquier plaza del barrio. 15

CAPÍTULO VII

Se lo habían pasado tan bien en la fiesta que al día siguiente estaban «como motos». No estaban para clases. Quizá por eso a la propia Rosa, una de las profesoras más exigentes del instituto, le había costado imponer orden. Nadie parecía interesado en la literatura romántica. Tuvo que enfadarse para conseguir que Raúl recitase con una penosa entonación algunos versos de la «Canción del Pirata». 5

El sonido del timbre indicó el comienzo del recreo y puso remedio a una situación que se complicaba por momentos. Por mucho menos ya los había castigado sin recreo en otras ocasiones y les había regalado una hora de estudio después de terminar las clases del día. Ahora, en el patio, en torno a su banco preferido, en una mañana soleada y disfrutando de sus bocadillos o chucherías, buena parte del grupo daba rienda suelta a todo eso que habían estado deseando decirse durante las horas de clase. 10 15

—¡Cómo lo pasamos ayer! —dijo Ernesto—. Fue la mejor fiesta que he tenido en mucho tiempo.

—A ver, «Do-ña-Ra-quel», ¿qué nos tiene que decir ahora? —dijo Gerardo mirando a Herminia. 20

—¿También ahora estás descontenta? —añadió Belén.

—Pues tengo que deciros que no ha sido para tanto. Se coló un montón de gente y, en consecuencia, las ganancias han sido mucho menores de lo que esperábamos —dijo Herminia.

5 —Es cierto —remachó Alicia—. Y, además, a la hora de recoger todo, el personal se había esfumado.

—A pesar de lo que decís, fue una fiesta estupenda, le gente salió contenta y se divirtió todo el mundo sin necesidad de grandes tecnologías —insistió Ernesto recordando a Dory bailando en el escenario con su ceñido disfraz de sota de
10 copas.

—Si en el fondo no pedimos gran cosa: un local, buena música, gente de nuestra edad y, si es posible, caras bonitas —dijo Julio—. Herminia se puso seria recordando el ligue de Julio y Olga durante la fiesta.

15 —¿Tenéis idea de cuanta gente pasó por el garito? —preguntó Juan.

—No es difícil calcularlo: hemos conseguido novecientos euros y la entrada la cobrábamos a tres euros —respondió Herminia.

20 —¡Qué pasada, trescientas personas! ¿Os imagináis que hubiésemos organizado cuatro ó cinco actividades como ésta? Habríamos podido pagarnos la mitad del viaje de fin de curso —dijo Juan.

—Hombre, no se puede calcular trescientas personas
25 porque una buena parte del dinero la sacamos de los bocatas y las otras cosas que vendimos —recordó Alicia.

—Nada, que hemos dado una lección a los empresarios del sector. Por tres euros te podías tomar hasta dos refrescos y algún aperitivo, y aún así hemos ganado cerca de dos euros
30 en cada entrada —dijo Herminia animándose de nuevo.

—Pero ten en cuenta que no hemos tenido que pagar varias cosas, como personal, impuestos, agua, electricidad,

etcétera... No te creas que en los negocios todo son ganancias –puntualizó Ernesto, repitiendo lo que en varias ocasiones había oído decir a su padre.

—Vale, en ese caso los beneficios habrían sido menores, pero hemos demostrado varias cosas sobre cómo nos divertimos los jóvenes. Por ejemplo, que no es necesario cobrar la copa a tres euros, o que no todos necesitamos ponernos hasta el culo de drogas para divertirnos. Si tuviésemos en el barrio cosas como ésta los fines de semana yo desde luego no estaría la tarde del sábado pasando frío en el parque –dijo Julio. 5 10

—Oye, que en el parque no se está tan mal. Nuestra panda es donde mejor se lo pasa cuando el tiempo acompaña –dijo Manolo.

—Lo peor fue lo de esos gilis que se apiparon. ¿Os imagináis que alguien hubiese tenido un problema grave, un coma etílico, por ejemplo? –dijo Irene. 15

—Venancio ya te advirtió de las consecuencias cuando insinuaste que ibas a llevar un par de botellas de ron que nos regalaba tu padre para animar la fiesta –dijo Felipe dirigiéndose a Raúl. 20

—Podéis decir lo que queráis, pero esos no se cargaron durante la fiesta. Las dos botellas que llevé se fueron en la primera ronda. Además, puede que no fuese alcohol lo que llevaban encima. A Olga y su amiga les ofrecieron pastillas dos chicos muy marchosos. Entre trescientas personas es inevitable que alguien intente hacer «el agosto» –contestó Raúl. 25

—Lo que yo os decía, no es tan fácil montar un negocio. Todo eso hay que tenerlo controlado y, por supuesto, cuesta su dinero –dijo Ernesto.

—Bueno, dejad de poner pegas y reconoced que esta actividad ha sido un éxito, que, por cierto, ya me encargaré yo de restregarlo en las narices a nuestra querida tutora –dijo Dory. 30

—A ver, tú que lo sabes todo, ¿podrías decirnos a qué se ha debido el éxito en esta ocasión? —preguntó Santi con ánimo de incordiar.

—Esa respuesta os la dejo a los listos de la clase —ironizó Dory.

5 —No hace falta ser muy listo para darse cuenta de que ahora la situación era mucho más favorable. Prácticamente hemos sido las mismas personas las que organizamos la rifa del primer trimestre y las que ahora hemos sacado adelante la fiesta. Pero entonces todos estábamos enfrentados y nuestra actitud era más de fastidiar al compañero que de colaborar con él
10 —dijo Quique.

—Pues yo no veo cómo puede influir eso en que alguien venda o no las papeletas, que era algo que hacíamos individualmente. Según tú, no vendimos las papeletas porque no
15 quisimos, pero yo diría que no las vendí porque no me las querían comprar. Anda que no di yo la barrila a los amigos de la panda de mi hermano —dijo Norberto.

—Seguro que en el fracaso anterior influyó la actividad que elegimos. Eso de las papeletas para sorteos está más visto que
20 el tebeo. Pero no me negaréis que pusimos poco interés. Algunos aún no han encontrado las papeletas que no lograron vender —dijo Julio mientras miraba a Santi.

—Mira, en esto te doy la razón. Las cosas no se sacan adelante sin colaboración. Y, además, ha sido una riqueza que
25 todos seamos tan diferentes. Bombos, violines, trompetas, guitarras... música es concordar muchos sonidos distintos. La paella es fusión de muchos sabores. Armonía de lo diferente. No hay otra solución. ¿Por qué creéis que no avanza la humanidad en problemas como la capa de ozono, la guerra o el
30 hambre? —dijo Santi.

—Oye, niño, que yo os había dicho que éramos capaces de organizar buenas fiestas, no de conseguir la paz mundial —dijo

Dory al tiempo que sonaba de nuevo el timbre indicando el final del recreo.

* * * * *

Al día siguiente tenían examen de Sociales. Cuando sonó el timbre al final de la clase, todos estaban deseando salir al recreo para comprobar las respuestas. En medio de todo el jaleo, Álvaro, el profesor de Sociales, pidió silencio. 5

—Escuchadme un momento —comenzó diciendo Álvaro—. Ya sé que estáis deseando ir al recreo, pero lo que tengo que decir no puede esperar: mañana es el último día para ingresar el dinero del viaje a Italia. Quienes no me entreguen el justificante del ingreso mañana, antes del primer recreo, quedarán excluidos definitivamente. Estaré en el departamento desde las diez hasta las once. 10 15

—Anda que nos dan mucho tiempo. Los demás grupos podrán hacerlo, pero nosotros aún no hemos hecho las cuentas de la fiesta y todavía no sabemos exactamente lo que tendremos que pagar cada uno —dijo Ernesto. 20

—Eso no es problema. Ahora mismo, en diez minutos, podemos hacer el balance definitivo. En realidad tan sólo tenemos que pagar las bebidas, y creo que son doscientos euros el importe total, porque lo demás nos ha salido gratis —dijo Herminia. 25

—En ese caso no necesitamos muchos cálculos. Tendríamos para repartirnos seiscientos euros, que no está nada mal, lo que significa que tocamos a treinta euros y dejamos los restantes para algún imprevisto. Así que ya sabéis, quien quiera ir a Italia que suelte trescientos cincuenta euros —dijo Dory. 30

—Yo propongo que incluyamos también a Simón en el reparto aunque, cuando nosotros preparábamos la fiesta, él todavía no había venido de Bolivia. Estoy seguro que, de haber

llegado antes al centro, hubiese colaborado como cualquiera de nosotros –dijo Quique.

—Agradezco tu ofrecimiento, pero no puedo ir –contestó Simón, el nuevo compañero inmigrado de Bolivia.

5 Nadie se atrevió a preguntarle las razones por las que no podía ir. Todos recordaban el día en que Simón se incorporó a clase, hacía poco más de un mes. La tutora le dijo, delante de toda la clase, que en cuanto llegara el informe de la trabajadora social, el instituto le compraría el material escolar y los libros que necesi-
10 sitaba. Recordaban también las clases de Educación Física. Simón corría y hacía los ejercicios con ropa y zapatos normales, pero Oscar no le echaba la bronca por no traer chándal y deportivos, como habría hecho con cualquier otro de la clase.

—Conmigo tampoco contéis –dijo Manolo—. Os podéis
15 repartir mi parte y así tendréis que pagar dos euros menos, pero no os olvidéis de mandarme una postal.

—Pues yo tampoco voy, con ese dinero me puedo comprar una bici de montaña a la que ya tengo echado el ojo –dijo Norberto.

20 —Bueno, ahora no importan los motivos. Se trata de saber exactamente quiénes estamos dispuestos a ir. A ver, levantad la mano los que tengáis seguro que vais a ingresar mañana el dinero, que no tenemos todo el día –dijo Olga.

En total levantaron la mano ocho personas, pero Felipe dijo
25 que, a la vista de los resultados, no lo tenía del todo claro.

—Bueno, pues ya está, asunto terminado –dijo Olga.

—Pues no está terminado –dijo Quique, que era uno de los que había levantado la mano—. Después de lo que hemos curra-
do todos para sacar adelante la fiesta... ahora unos vamos de
30 viaje y otros no.

—¿Y qué propones tú? ¿Acaso tienes tú dinero suficiente para dárselo a los que no lo tienen, o no están dispuestos a

gastárselo en el viaje? ¡Qué manía tenéis en meteros en lo que deciden los demás! Que cada uno haga lo que quiera –dijo Olga.

—A todos nos gustaría ir. Estar seis días juntos habría sido una pasada. Pero es que no todos tenemos las pelus. ¿Lo entendéis, no? –dijo Manolo. 5

—Está claro, todos no podemos ir, salvo que pensemos en otra salida menos costosa. ¿Qué os parece si hacemos lo que insinuó Venancio y cambiamos el viaje a Italia por una acampada en la sierra? Hace cuatro años el grupo de mi hermana se fue a un camping y se lo pasaron de miedo –dijo Alicia. 10

La intervención de Alicia fue recibida con gran aceptación, excepto por Olga y Herminia. La primera no entendía por qué tenía ella que renunciar a un viaje que podía pagarse, así que dijo a todo el mundo que ella pensaba irse a Italia de todas formas. 15

* * * * *

Al cabo de un mes el grupo viajaba en tren hacia la sierra.

Venancio y Oscar observaron con alivio que el vagón estaba semivacío. Y los pocos pasajeros que allí había emigraron en cuanto empezó a crecer el ruido. En un extremo del vagón destacaban las voces y risas de un nutrido grupo de jugadores de cartas. En el lado opuesto, Antonio flamenqueaba, acompañado ocasionalmente por palmas más o menos desacompañadas. Dory y Clara estaban solas y repanchingadas en un asiento, en la parte intermedia. 20 25

—¿Por qué crees que no ha venido Herminia? –preguntó Clara.

—No tengo ni idea –respondió Dory, sin apartar los ojos de la pantallita de su móvil. 30

—No puedo entenderlo. Que se haya rajado Olga entra dentro de lo normal. Eso de dormir en el suelo no va con ella

pero... Oye, que no me estás haciendo ni caso. Hace sólo una hora que hemos salido y ya llevas diez minutos de mensajitos. Debes de estar hablando con alguien muy especial, ¿no?

5 —No, qué va. Es el pelmazo de Ernesto —dijo Dory sin levantar la mirada.

—No puedo creerlo. ¿Utilizas el móvil para hablar con alguien que está sólo a diez metros?

—Bueno, no es muy caro. Además tiene sus ventajas: en mensajes se dicen cosas que hablando así, al natural, daría corte.

10 —Sí, eso ya lo he oído decir. María, la hermana de Alicia, está enganchadísima a internet y me contó que se chatea con varios tíos a la vez y que con un cubano tiene un rollito increíble. Pero tía, esto es distinto. A Ernesto lo tienes ahí detrás. Mira, mira cómo se ríe.

15 —Bueno, déjalo ya —contestó Dory, levantando por fin su mirada—. Sólo era un juego y ya me he cansado.

Cerró el móvil y lo guardó en la mochila, pero no parecía con muchas ganas de conversación. Se puso a mirar por la ventanilla hacia algún punto indefinido entre la fila de montañas que se perfilaban cada vez más cercanas.

20 Cuando el grupo bajó del tren hubo un poco de lío. Norberto echó en falta su nueva chupa y se puso a gritar como un loco. Felipe tuvo que confesar rápidamente que la había puesto en la mochila de Ernesto. Era una broma, dijo. No pareció que le hiciese gracia a nadie. Empezaron a subir la cuesta bastante mosqueados. Felipe se quedó el último preguntándose por qué había sido tan estúpido.

* * * * *

30 Raúl, Ernesto y Clara fueron los primeros en llegar a la explanada. En la cubeta de la fuente se arremolinaban granos de arroz, unas mondas de naranja y hasta dos colillas. A unos

tres metros, junto a un pino descortezado, una bolsa de basura reventada desparramaba con generosidad su mercancía: latas, botellines, restos de comida, envases de yogurt. Aquí y allá, por toda la campa, se esparcían bolsas de plástico, pañuelos de papel arrugados, colillas y más colillas... 5

—¡Qué guarrería, colega! Yo aquí no me quedo —dijo Raúl.

—Pues yo paso de todo. No tengo ganas de andar más por hoy. Plantamos las tiendas y ojos que no ven... —dijo Ernesto, dejando caer su mochila.

—No lo dirás en serio ¿De verdad que no te importa estar rodeado de basura? —preguntó Clara con los ojos a cuadros. 10

—Al menos aquí tenemos agua —respondió Ernesto, inclinándose bajo el caño de la fuente.

Llegaron Oscar y Julio encabezando a todo el resto del grupo. 15

—Vaya, tiene gracia. Con lo que nos ha costado venir hasta aquí para ver arbolitos, la Naturaleza y todo eso, y mirad qué paisaje —dijo Julio con sarcasmo.

—No parece que la Naturaleza sea responsable de esto —dijo Oscar—. Chicos, creo que si en lugar de lamentarnos limpiamos esto un poco, entre todos acabamos antes. El sitio es bueno para acampar. 20

—Sí, hombre, lo que faltaba: limpiar la mierda que otros han dejado. ¿Es eso justo? —dijo Gerardo desafiante.

—Bueno, creo que ahora no se trata de un problema de justicia. Se trata de que ya es tarde y tenemos que tomar una decisión. Y que yo sepa sólo caben tres posibilidades: 1) Seguir subiendo para ver si encontramos algún otro sitio, aunque aquí en el mapa no veo claro que haya otra campa más; 2) Quedarnos aquí y cerrar los ojos; y 3) Quedarnos aquí y dedicar veinte minutos a adecentar esto. 30

—También cabe otra opción: volvernos para casa —dijo Raúl.

Se votó a mano alzada y la mayoría decidió quedarse y limpiar un poco.

—Yo creo que los que han votado a favor deberían ser los que limpiasen —dijo Ernesto sonriendo.

5 —Eso no es así, listo —saltó Clara, encendida—. Si se trata de que cada uno haga lo que le dé la gana, pues para eso no habríamos votado. Yo quería seguir y me he tenido que fastidiar. Así que no vaciles.

10 Pero nadie los escuchaba. Todo el mundo estaba muy ocupado en buscarse un buen rincón para plantar la tienda.

Cuando por fin se montaron las tiendas, en semicírculo, estaba ya anocheciendo. Oscar y Venancio preguntaron si preparaban una sopa caliente, pero todo el mundo prefirió arreglárselas con los bocatas y chucherías que llevaban en la
15 mochila. Venancio propuso entonces que todos se sentasen en círculo para compartir una velada juntos.

—Y ahora lo que molaría sería hacer una buena fogata —dijo Manolo.

20 —Sí, pero ya sabéis que eso aquí está prohibido. Ya habéis visto los avisos —dijo Oscar.

—¿Y quién se va a enterar? Mirad cómo está todo. Si el gobierno no se preocupa de que el monte esté limpio, ¿por qué se va a preocupar de una hoguera? Además, nosotros tendremos cuidado —respondió Manolo.

25 —En eso te equivocas. Los fuegos son más fáciles de controlar que la suciedad y los incendios preocupan más —intervino Julio—. Además, una ley es para todos. No pueden hacerse excepciones. Es como lo que vimos con las normas de funcionamiento: si uno empieza a saltárselas cada vez que
30 no le van bien entonces no sirven para nada. El riesgo de incendios debe de ser muy grande y no tienen otra forma de evitarlos.

—Vale, pero a mí me parece muy hipócrita que los que gobiernan sólo se preocupen del fuego y no de la contaminación —dijo Dory.

—Creo que la responsabilidad principal de que esto esté sucio no es del gobierno, sino de la gente que es muy guarra —dijo Julio—. El gobierno no puede dedicarse a ir limpiando por todos los rincones de la sierra. 5

—Pero podría vigilar, igual que hace con los incendios. Si pusieran unas buenas multas o metiesen en la cárcel a la gente que contamina, ya verías cómo la cosa cambiaba —dijo Gerardo. 10

—No te pases —dijo Alicia—. A mí me hace gracia que hablemos de la «gente» que ensucia como si no tuviese nada que ver con nosotros. ¿Recordáis cómo dejasteis el gimnasio el día de la fiesta? ¿Y os habéis fijado como dejamos el patio del instituto todos los días? 15

—Y los pasillos, y las clases... —añadió Oscar.

—Eso no tiene nada que ver. El instituto no es la Naturaleza y allí hay un servicio de limpieza —dijo Gerardo.

—Pues yo creo que sí tiene que ver —le respondió Alicia—. El que se acostumbra a tirar las bolsas de gusanitos y las colillas en cualquier parte, aunque tenga delante una papelera así de gorda, pues lo hará en cualquier otro sitio sin pensar. 20

Santi llegó al círculo arrastrando un grueso tronco. Llevaba una navaja en la mano. Sonia se apartó un poco para hacerle sitio. 25

—¿Por qué creéis que tendemos a ser tan descuidados con nuestro entorno? —preguntó Venancio.

—Yo creo que es porque cada cual sólo se preocupa de tener bien lo que es suyo. Como este bosque no es de nadie en particular, pues nadie se preocupa —dijo Ernesto. 30

—Perdona, pero a eso que dices no le veo sentido. Si los bosques fueran de particulares, a lo mejor ya no quedarían

bosques. Cada uno se dedicaría a talar árboles para sacar pasta. Lo que es de todos y a todos beneficia no puede estar en manos de particulares –dijo Quique.

5 —Ni de las empresas –intervino Alicia–. A ésas sólo les preocupa sacar beneficios, aunque sea a costa de dejar todo hecho un asco. A veces hasta prefieren pagar multas y seguir contaminando. Les resulta más barato.

10 —Pues yo no veo claro lo que decís –le respondió Ernesto–. Que el Estado se ocupe de esas cosas no garantiza nada. También los Estados pueden actuar como les dé la gana. Acuérdate cómo el de Sociales nos explicó que no sé que rey, para construir su armada, dejó desiertas varias regiones.

15 —Fue Felipe II –dijo Alicia–. Pero no hace falta que te vayas tan lejos. Hay muchos Estados hoy que, en lugar de proteger la Naturaleza, hacen lo contrario: construyen urbanizaciones, centrales nucleares o pantanos y se cargan un valle, o un río entero.

—Bueno, pero eso sucede cuando el Estado no es democrático o sólo defiende intereses particulares y, entonces, es como si fuese de un particular –dijo Quique.

20 —¿«Estado democrático», dices? Yo he leído por ahí que eso es una contradicción –dijo Santi, sin levantar la vista, mientras seguía trabajando el grueso tronco con su navaja.

25 —Eh, bajad a la tierra. Yo sólo he dicho que estaría muy bien hacer una fogata y que no creo que pasase nada. Aquí hay huellas de fuegos por todas partes... –insistió Manolo.

—¿Habéis visto lo que ha hecho el Santi? Vais a flipar –interrumpió Antonio.

—Es verdad. ¡Cómo mola! ¿Qué es? –preguntó Manolo, acercándose a Santi.

30 —Es un tótem, pero no está acabado –dijo Santi.

—Da igual, tronco, vamos a ponerlo en el centro, en la presidencia –dijo Manolo.

Sonia se levantó sin decir nada y se metió en su tienda. Enseguida volvió con unas barritas de sándalo. Las hincó derechitas alrededor del tótem y las encendió. «Eso no es fuego», dijo.

—Vamos a ponerle luces –dijo Quique. 5

Y, poniendo un filtro rojo a su linterna, la puso en la base del tótem, proyectando una luz indirecta. Norberto e Inés le imitaron con sus linternas, colocándolas en otras direcciones. El humo entonces se hizo más visible. Ascendía retorciéndose y abrazando la figura. El severo rostro tallado adquirió una expresión de extraña fiereza. Un perfume dulzón lo impregnó todo. 10

Algunos se cogieron la mano, en medio de un denso silencio. De pronto, Raúl se puso a aullar como un lobo. Otros le hicieron eco con distintos sonidos guturales. 15

—Vale, parad ya, que dais miedo –dijo Inés–. ¿Por qué no cantamos?

Antonio cogió su guitarra y empezó a desgranar varios temas. Los demás coreaban. Simón, el boliviano, fue al cubo de basura a buscar una lata vacía grande para marcar el ritmo. 20 Los profesores estaban un poco fuera de onda, no se sabían las letras y decían «la-la-la» o acompañaban con palmadas. Irene, con su voz poderosa, se atrevió con un solo. Al acabar, entre aplausos, dijo: «y ahora que canten los profes». Pero, cuando Venancio y Oscar se decidieron a arrancar, entonces fueron todos los demás los que se limitaron acompañar con «la-la-las» y palmas. Cantaban unas canciones muy raras. 25

Y dieron la una, y las dos y las tres; y ya empezaron a verse cada vez más claros en el corro. Fue entonces cuando Oscar se atrevió a decir: 30

—Chicos, creo que deberíamos dejarlo por hoy. Mañana nos espera la subida al puerto.

CAPÍTULO VIII

A la mañana siguiente, todo el mundo remoloneaba en sus tiendas. Oscar se tuvo que emplear a fondo: que si la subida era preciosa, que la vista desde arriba era una maravilla, que vaya deportistas estáis hechos, que no se diga...

Al final, en el campamento sólo se quedaron de guardia y encargados de la cocina Venancio, Alicia y Julio. 5

Venancio tenía la espalda destrozada. «¿Lo veis?, ya os dije que no deberíamos haberlo traído» comentó Norberto antes de marcharse.

Alicia tenía enormes ampollas en los pies. Había estrenado zapatillas el día anterior. 10

Julio alegó que estaba fundido, aunque luego le comentó a Alicia confidencialmente: «cuando quiera vistas, me compraré una postal».

—Ya veréis qué paella os encontráis al llegar. ¡Os vais a chupar los dedos! —gritó Venancio, a modo de despedida. 15

Pero los extenuados expedicionarios volvieron muy tarde y el arroz estaba pasadísimo.

—Mira, es goma-arroz —dijo Raúl—. Pegamento de primera. Sin embargo, nadie le hizo ascos. Todos llegaron hambrientos y, sobre todo, muy, sedientos. 20

—Las fuentes estaban secas —explicó Oscar—. No hemos podido ver el valle, porque abajo había niebla, aunque arriba hacía un sol espléndido.

5 —Ha sido chulísimo, como ir en avión, por encima de las nubes —dijo Inés.

—Y yo he visto un corzo —dijo Felipe.

—¡Qué vas a ver un corzo! —le cortó Ernesto riendo—. Tú has visto saltar a Santi, que está como una cabra.

10 El cansancio no debía ser para tanto porque, en cuanto acabaron de comer, Manolo propuso jugar un partidillo de fútbol y se apuntaron casi todos los chicos más Clara, que se quedó de portera. Al cabo de un rato, Oscar, ayudado por Quique y Dory, tendió unas cuerdas entre dos pinos y animó a las chicas a jugar un partido de volley. Alicia se quedó voluntaria para ayudar a Venancio a recoger los trastos de la cocina, mientras que Norberto y Felipe se tumbaron tan ricamente debajo de un pino. De vez en cuando se incorporaban para tirar piedrecitas a una lata oxidada colocada encima de una roca.

20 —¿Has visto qué patadón le acaba de dar Manolo a Gerardo? —dijo Felipe

—¿Qué quieres decir? No ha sido intencionado, hombre. Mira cómo se disculpa y Gerardo no dice nada.

—A lo mejor no dice nada porque tiene mala conciencia.

25 —Siempre estás dándole vueltas a lo mismo pero ya todo el mundo se ha olvidado. Bueno, todos menos tú —dijo Norberto, que ya estaba harto del asunto de la cazadora.

30 —Tal vez tengas razón. Pero, a pesar de todo, me alegro de que el patadón se lo haya llevado Gerardo. Oye, ¿tú quién crees que juega mejor, Manolo o Raúl?

—Bueno, los dos me gustan. Creo que no se pueden comparar; juegan en puestos distintos y de manera distinta. Raúl

tiene más técnica porque se entrena con los juveniles, pero Manolo inventa a veces jugadas geniales.

—Eso que dices tiene mucho sentido, ¿sabes? Herminia me preguntó un día en plan colega que a quiénes de la clase consideraba buena gente. Y yo le contesté: «hombre, con algunos me llevo mejor, pero todos los que conozco un poco tienen cosas buenas y cosas malas y es difícil comparar y clasificar porque, además, esas cosas no son las mismas». A pesar de lo que he dicho antes de Gerardo, conmigo siempre se ha portado bien y tiene una cosa muy buena: nunca miente. 5 10

En aquel momento el partido de fútbol quedó interrumpido. Clara acababa de encajar un gol estúpido: un balón muerto se había colado mansamente entre sus piernas. Raúl se revolvió furioso contra su compañera:

—Tía, sal de la portería y dedícate a hacer punto. 15

—Porque tú lo digas –respondió Clara–. Por cierto que eso es un comentario de lo más machista.

—Ya estamos. ¿Qué tendrá que ver? Lo único que quiero decir es que si no tienes ni idea de fútbol para qué te metes. ¿Para fastidiar? 20

—Oscar, que estaba al quite, interrumpió también el partido de volley y dijo:

—Vamos a preparar un juego en el que podamos participar todos. Necesito tres voluntarios para preparar pistas... He dicho tres. Venga, Santi, Belén y Gerardo. Ya está. Ahora vamos a hacer un sorteo para formar parejas y el orden de salida. Iréis saliendo en busca del tesoro cada dos minutos, como en una contrarreloj. Los que salgan primero también se les acabará el tiempo antes. Está prohibido borrar las pistas. 25

Cuando se hizo el sorteo hubo algunos mosqueos, porque varios negociaron cambiar de pareja. 30

—No sé para qué hacemos sorteos, si luego todo el mundo hace lo que le da la gana —dijo Clara con irritación.

—No te pongas así. Es normal que cada uno quiera jugar con el que se lleva mejor —le contestó Inés.

5 —Pero se supone que esto es un juego de todos y no de parejitas —contestó Clara a grito pelado.

—Me parece que lo que pasa es que te duele que Dory haya pedido estar con Ernesto. Pero no te preocupes, eso no significa que deje de ser tu amiga —susurró Inés.

10 —Te equivocas —contestó Clara sonrojándose—. No es nada personal. Simplemente creo que se pierde la gracia del juego si se quita la sorpresa.

—A mí no me parece mal que se respeten las preferencias y que no se obligue a nadie. Y también me parece bien que se respete al que prefiera una cita a ciegas —dijo Inés.

15 —Pues en clase no pensabas lo mismo. ¿No te acuerdas cuando Venancio nos dijo que debíamos cambiar de sitios para no estar siempre con la misma persona? Dijo que debíamos aprender a trabajar con todos, aunque no sean amigos nuestros. ¿Por qué estuviste de acuerdo?

—No es lo mismo: aquello es una clase y esto es un juego —respondió Inés—. Además, en las clases de Ética nos sentamos en círculo y así estamos todos con todos.

25 En la práctica, lo de las parejitas no tuvo ninguna importancia, porque al cabo de un rato todos se mezclaron y cada uno se buscó la vida. Se produjeron situaciones cómicas. Algunos, que creyeron estar en la buena pista, jugaron a despistar a los demás y, al final, ellos quedaron completamente despistados. Manolo fue el que encontró el tesoro: era el tótem de Santi.

30 —Lo he encontrado por casualidad —dijo, quitando importancia a su hazaña, pero todo el mundo le dio palmaditas en la espalda.

Dory y Ernesto tardaron bastante en volver a la explanada. Dijeron que se habían perdido. Hubo risitas. Inés miró entonces a Clara, tratando de adivinar sus sentimientos, pero se dio cuenta de que ni se inmutó: estaba demasiado entretenida charlando con Antonio.

5

* * * * *

Aquella noche no hubo guitarra. Antonio se había lesionado la mano y seguía al lado de Clara contando chistes. Debían de ser muy graciosos porque Clara se partía de risa. Alguien a su lado gritó: «¡Los chistes en voz alta!». Se hizo entonces una ronda, aunque al final acabaron contando los chistes Antonio y Raúl, porque los demás o se olvidaban o se ponían a reír ellos y no se les entendía nada. Las imitaciones tuvieron más éxito, especialmente las de profesores. Sonia representó un mimo que había aprendido en el centro cultural. Irene cantó una copla. Manolo improvisó una especie de rap y enseguida varios empezaron a retorcerse.

10

15

—Y a eso le llaman bailar –murmuró Alicia al oído de Dory.

Cuando la cosa ya decaía, especialmente después de que Venancio y Oscar fueron obligados a interpretar una de esas canciones que nadie conocía, Felipe gritó, señalando a Inés:

20

—Que la poetisa nos recite algo.

—Es una tontería –dijo Inés, con sus mejillas rojo-cereza.

Venancio intervino:

25

—¿Has escrito algo? Léelo, mujer. No te preocupes por los graciosos. El que haga un solo comentario va a tener que improvisar aquí una poesía.

—Está bien –aceptó Inés–. Pero que lo lea otro. A mí me da vergüenza.

30

Dory le cogió un papel arrugado y empezó a leer con voz firme y pausada:

5 Aquel rostro nos miraba
 envuelto en una nube
 y no sentí miedo.
 Un espectro luminoso
 atravesando las sombras
 y no sentí miedo.
 No sentí miedo...
 cuando se paró mi reloj
 y todos enmudecieron,
10 cuando nos dimos la mano
 y escuchamos el silencio.
 Fue un momento eterno
 sin antes, ni después
 sin tú, ni yo, ni él.
15 Ahora sí me da miedo
 pensar que sólo fue un sueño

 Cuando acabó la lectura, se oyó un leve y respetuoso
 murmullo. Julio dijo irónico al oído de Raúl:
20 —No sabía que el silencio se pudiera escuchar.
 —Qué cuadrado eres, colega. Sabrás muchas Matemáticas,
 pero no tienes ni puta idea de poesía.

* * * * *

25 —¿Te diste cuenta de la movida que hubo anoche en las
 tiendas? —comentó Norberto a Felipe sacando los brazos del
 saco de dormir.
 —Claro, y los profes no se dieron cuenta de nada o al me-
 nos no dijeron nada. Lo de Dory y Ernesto estaba cantado,
30 pero lo de Raúl y la rubia...
 —Raúl siempre ha intentado ligarse a Inés, lo que pasa es
 que disimula.

—A menos que sea al revés. No veas lo retorcidas que pueden ser algunas.

—Desde luego. Mira Clara. Tanto protestar de las parejitas y ayer estuvo venga de charla, y a lo mejor algo más, con Antonio. 5

—Ahí te duele, ¿no?

—No digas tonterías.

Oscar tocó diana sin contemplaciones y expuso con precisión militar el orden del día:

—Primero: desmontad las tiendas. Segundo: preparad las mochilas y dejad todo limpio como una patena. Tercero: tenemos unas dos horas o dos horas y media hasta el pantano; es casi todo llano o algo de bajada, pero, si alguno lleva sobrepeso, repartid la carga. Cuarto: allí nos bañaremos en un área concreta y está terminantemente prohibido salir de ella; luego comeremos y podremos estar hasta las cinco. Quinto: bajaremos desde allí hasta la estación, y que nadie se despiste porque el tren no espera. 10 15

Lucía un sol espléndido y era sábado. Así que, cuando llegaron al pantano, había ya algunas familias y parejas de jóvenes que se disponían a aprovechar el fin de semana. Se instalaron en un extremo de la zona permitida de baños. 20

—El límite, la boya –vociferó Óscar.

Aunque el calor apretaba, el agua estaba francamente fría. Venancio fue el primero en meterse y dijo que el agua estaba buenísima aunque le castañeteaban los dientes. Poco a poco se fueron metiendo todos. Manolo, Raúl, Ernesto y Antonio organizaron una especie de partido de waterpolo, utilizando como portería una boya y un palo. 25

Belén se quedó en la orilla. Dijo que no se metía ni loca pero, cuando la cogieron entre varios, no ofreció mucha resistencia. Para vengarse, hizo una aguadilla a Gerardo cuando 30

estaba desprevenido. Y luego se dedicaron a perseguirse mutuamente, salpicando a todo el mundo.

Después de comer, todos estaban tumbados o sentados, bastante próximos unos de otros.

5 —Ahora en mi casa estarán todos amuermados viendo la tele —comentó de pronto Sonia, sin dirigirse a nadie en particular.

—Por cierto, ¿os dais cuenta de que llevamos ya tres días sin ver la tele y ya ni nos acordamos? —dijo Dory.

10 —Pues yo sí me acordé ayer —murmuró Felipe al oído de Norberto—. ¿A quién habrán echado de Gran Hermano?

Norberto permaneció tumbado con los ojos cerrados y se encogió levemente de hombros.

—¡Qué bien se está al sol! —suspiró Inés— ¡Sería estupendo que el año que viene volviéramos a juntarnos todos aquí!

15 —Eso lo veo difícil. A saber dónde estaremos el año que viene. Yo, desde luego, en el instituto no —dijo Antonio.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Raúl.

20 —Si apruebo la E.S.O., a lo mejor me matriculo en algún módulo. Y, si no, que es lo más probable, pues ya me buscaré la vida. ¿Y tú piensas seguir?

—Por mí lo dejaba y me ponía a entrenar como un loco, que es lo mío, pero mis viejos insisten en que haga el Bachillerato y que luego ya haré lo que me dé la gana.

25 —Y no les falta razón —intervino Óscar—. En el fútbol profesional sólo triunfan unos poquitos y la carrera dura muy pocos años. Yo te he oído decir que te gustaría ser monitor o profesor de Educación Física y, desde luego, para eso necesitas el Bachillerato y además notas decentes. Tenéis mucha prisa en dejar los estudios y no os dais cuenta de que eso os cierra muchas puertas.

30 —Ésa es la charla que mi padre le echa a mi hermana siempre que puede. Él quería que siguiese estudiando pero ya está trabajando —dijo Alicia.

—¿Trabaja al menos en algo que le gusta? —preguntó Oscar.

—No le gusta demasiado, pero ahora ella vive su vida y hace lo que quiere.

—¿Y a quién le va gustar trabajar? Sería masoca —dijo Raúl—. De lo que se trata es de currar lo menos posible, ganar el máximo de pasta y punto. 5

—Hombre, Raúl, eso suena un poco utópico —intervino Julio—. A menos que seas un ricachón o un gángster, es difícil ganar mucho sin dar un palo al agua.

Venancio se incorporó y pareció muy interesado en la conversación: 10

—Eh, chicos, ¿todos estáis de acuerdo en lo que ha dicho Raúl? Me refiero a eso de que lo único que interesa en el trabajo es ganar dinero. ¿No puede ocurrir que el trabajo pueda llegar a ser interesante en sí mismo? 15

—Yo creo que sí. A mí me encantaría poder ser actriz —dijo Sonia—. Creo que, al menos al principio, estaría incluso dispuesta a pagar, en lugar de cobrar, para poder serlo.

—Bueno y a mí también me gusta jugar al fútbol. Pero eso no tiene nada que ver. Una cosa es como juego y otra como trabajo. Si no pagasen millones, ¿quién iba a ser el guapo que iba a salir a dejarse la piel en el estadio o a subirse todas las tardes a un escenario? 20

—En eso creo que Raúl tiene razón —dijo Julio—. Nadie trabaja por amor al arte; todo el mundo lo hace para ganarse la vida. El que está en paro quiere trabajar por lo mismo. Y los inmigrantes igual. Si se pudiera vivir sin trabajar, nadie haría nada. 25

—El caso es que, como tú mismo decías, Julio, salvo los que viven a costa de otros, el resto de los mortales tenemos que ganarnos la vida. Y ya que parece que tenemos que trabajar como única forma honrada de ganarnos la vida, vuelvo a mi 30

pregunta: ¿Sólo debe interesarnos la cantidad de dinero que produzca? ¿Da igual qué tipo de trabajo o cómo lo hagamos? ¿Puede tener algo interesante? –insistió Venancio.

5 —A mí lo que me parece injusto es que los trabajos más penosos sean los peor pagados y que algunos de los más necesarios sean los peor considerados –dijo Clara–. Por eso nadie los quiere y todos queremos mandar y no que te manden.

10 —Yo creo que eso último que ha dicho Clara es lo decisivo. Si cada uno pudiera elegir realmente su actividad y cómo realizarla, sin depender del capricho de otros, entonces el trabajo no sería algo tan malo de lo que hay que escapar –dijo Quique–. Tengo un tío cirujano, que está forrado, y no sabría estar sin trabajar. Y no porque necesite más dinero, sino sencillamente porque disfruta.

15 —Todo eso que decís está muy bien. Si no quieres ser un «desgraciao» toda tu vida, más vale que trabajes en algo que te gusta. Pero precisamente por eso no le veo sentido a seguir estudiando que es algo que no me gusta y que, además, no sirve «paná» de lo que yo quiero –dijo Antonio.

20 —Yo estoy de acuerdo con eso –dijo Raúl–. Si uno ha de trabajar en lo que le gusta, lo lógico es que uno pudiese estudiar también lo que le gusta. Y lo que no entiendo es por qué, si quiero ser monitor de Educación Física, tengo que estudiar Historia de España.

25 —Creo que tenéis una visión muy estrecha de lo que es útil. Si nos limitásemos a aprender sólo lo que necesitamos para el día siguiente, siempre nos pillaría el toro. Hay muchas cosas que hay que aprender aunque su utilidad sólo sea a largo plazo. Y eso pasa hasta en las carreras más técnicas –dijo Óscar.

30 —Empezasteis a hablar de vuestros proyectos de estudio, luego pasamos a hablar del trabajo y ahora parece que nos centramos en la educación –dijo Venancio–. ¿Consideráis que

lo que se hace en los institutos es formar para alguna profesión en concreto?

—Qué va, es lo que yo digo, que no sirve «paná» —dijo Antonio.

—Hombre yo creo que no se enseña ninguna profesión en concreto, pero que hay algunas cosas como Lengua o Matemáticas, que pueden servir luego para aprender bien cualquier profesión —dijo Alicia. 5

—Y también hay otras que sirven para no ser un burro ignorante y conocer cómo es la naturaleza y la sociedad en que vivimos —añadió Dory. 10

—¿Aparte de proporcionaros algunos conocimientos más o menos útiles, y ya veo que en eso hay discrepancias, vuestro paso por el instituto os ha servido para algo? —preguntó Venancio.

—A mí me ha servido para tener amigos y conocer a mis compis. En casa me aburro y en el barrio son todos idiotas —dijo Inés. 15

—Por ahí quería llegar. Yo no sé si os dais cuenta de lo importante que es aprender a escucharse, a cooperar, y, en definitiva, a convivir. Y eso no se enseña en casa, ni por ordenador. ¿Creéis que habéis aprendido algo de eso? 20

—Hombre, hace sólo tres meses estábamos a matar y ahora estamos aquí tranquilamente tomando el sol —dijo Quique.

—Aunque, según nuestra tutora, somos malísimos, la purria del instituto —dijo Dory. 25

—En eso de la convivencia, creo que hemos aprendido, pero por nuestra cuenta —dijo Ernesto.

—Es el mejor aprendizaje. No obstante a los profesores nos gusta creer que también ponemos nuestro granito de arena... —dijo Venancio. 30

—Como veis, vuestro profesor de Ética ha conseguido arrimar el ascua a su sardina —dijo Óscar—. Ahora en serio, creo que sois

un grupo fantástico y yo me lo he pasado pipa con vuestras filosofías, pero son las cinco y cuarto y, como no salgamos echando leches, nos quedamos colgados y vuestros padres nos matan.

5 En el vagón se repitió la escena de tres días atrás. Volvieron a sonar los móviles. El ruido de los jugadores de mus fue en aumento. En un asiento intermedio, Norberto y Manolo compartían una bolsa de pipas que habían comprado en la estación.

—Esto se acaba. No me apetece nada volver —dijo Manolo.

10 —Tranqui, que las clases ya se acaban y las vacaciones están a la vuelta de la esquina.

—No, si no lo digo por el instituto. Lo que no me apetece es volver a casa. Lo de las vacaciones me da escalofríos. ¿Quién me lo iba a decir hace sólo unos meses?

—¿No vas a seguir?

15 —No, qué va. Ya no puedo ni repetir por edad.

—Bueno, de todos modos llama a casa, podemos quedar para ir a la bolera.

—Vale.

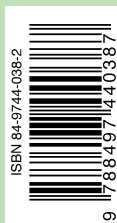
20 Manolo miró por la ventanilla; el perfil de las montañas se alejaba en un cielo enrojecido. Anochecía.

Diferencias, enfrentamientos, conflictos, peleas...
En las aulas, en la calle, en las familias, en la vida...
Podemos recurrir a la violencia, a las sanciones,
a la autoridad...

O podemos intentar ponernos en lugar del otro,
considerar su punto de vista, apostar por el diálogo
y la cooperación... incluso sabiendo que el proceso
no será fácil ni será jamás un objetivo alcanzado.

No existen grupos ideales en las clases; como no
existe el modelo de sociedad deseable. A partir
de lo que somos, en diálogo con nuestros iguales,
investigando sobre los problemas que nos importan,
actuando en comunidad, sin líderes ni expertos que
nos guíen, sin una meta conocida a la que tengamos
que llegar... tendremos que ponernos en marcha
construyendo juntos el camino que queremos recorrer.

Es el reto de la educación... y de las sociedades que
pretendan ser auténticamente libres también.



DOCE
CALLES